

BOLSILEROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL HALCON DE ORO

Joseph Berna

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS

SM



JOSEPH BERNA

El halcón de oro

Colección PUNTO ROJO nº 1031. Bruguera - 1982

Colección PUNTO ROJO nº 43. Ediciones B – 1993

CAPÍTULO PRIMERO

Buck Waxman estacionó su automóvil, un Buick marrón oscuro, no demasiado nuevo, y se apeó de él, con un ejemplar de *La Tribuna de Chicago* en las manos.

Buck compraba todos los días el periódico, para estar al tanto de lo que sucedía en el mundo. Pero, especialmente, de lo que sucedía en Chicago, la ciudad donde había nacido, donde vivía... y donde seguramente moriría, porque no pensaba abandonarla.

A Buck Waxman le gustaba Chicago, con sus virtudes y sus defectos. Era una ciudad ideal para ejercitar su profesión: investigador privado. En Chicago sucedían muchas cosas a diario. No había más que echar una ojeada a los periódicos, para convencerse. Y, algunas de esas cosas, servían para dar de comer a los investigadores privados.

Buck subió a su oficina, en cuya puerta, mitad de madera y mitad de cristal velado, podía leerse su nombre y su profesión. No estaba cerrada con llave. El investigador nunca la cerraba, porque así, si llegaba algún cliente, podía entrar y esperarle cómodamente sentado en la antesala de su despacho.

Aquella mañana no le esperaba nadie.

Buck abrió la puerta de su despacho.

Esa sí la cerraba siempre con llave, por razones obvias.

El investigador entró en su despacho, abrió la ventana, se despojó de la chaqueta y se sentó en su sillón. Extendió el periódico sobre la mesa y se puso a leerlo.

Buck Waxman contaba veintinueve años de edad, tenía el pelo negro, los ojos castaños, la nariz ligeramente aguileña y el mentón pronunciado. Media casi metro ochenta y cinco de estatura, y su cuerpo no tenía un solo gramo de grasa. Todo eran músculos.

Y es que el investigador se ejercitaba al menos una hora cada día, para mantenerse en forma. Su profesión se lo exigía.

La mañana era soleada y calurosa.

Para refrescarse. Buck puso en marcha el ventilador que tenía sobre la mesa.

Llevaría unos diez minutos leyendo el periódico, cuando oyó sonar la campanilla que se agitaba cada vez que la puerta de su oficina se abría.

Buck se alegró, porque aquello significaba que acababa de entrar un cliente. Plegó rápidamente el ejemplar de *La Tribuna de Chicago* y lo guardó en un cajón.

Un par de segundos después, la puerta de su despacho se abría y un tipo alto y fornido entró en él, exclamando:

—¡Buck, muchacho!

Waxman frunció el ceño.

No era un cliente, sino un competidor.

Se llamaba Arnie Spooner, y también se dedicaba a la investigación privada. Tenía el pelo rubio, los ojos azules, la nariz chata y el mentón cuadrado. Contaba treinta y dos años de edad

—Conque eras tú... —rezongó Waxman.

—¿Por qué pones esa cara, Buck? ¿Es que no te alegras de verme, camarada?

—No me llames camarada. No soy comunista.

Arnie Spooner lanzó una sonora carcajada.

—Tú y tus buenas salidas de siempre, Buck.

Waxman abrió el cajón, tomó el periódico, lo extendió nuevamente sobre la mesa y reanudó la lectura, ignorando deliberadamente a su colega.

Spooner no pareció molestarse en absoluto por ello.

Llevaba una caja bajo el brazo izquierdo, del tamaño de una caja de zapatos. La dejó sobre la mesa, en un ángulo de la misma, y luego se sentó en la silla que Waxman tenía frente a su mesa.

—¿Qué cuenta el periódico, Buck?

—Cosas.

—¿Interesantes?

—Pschs...

—Yo casi nunca leo el periódico.

—Lo sé. Eres un tipo muy ahorrativo —dijo Buck, con sarcasmo.

Arnie rió.

—No creas que no lo compro por ahorrarme lo que vale. Es que raramente encuentro tiempo para leerlo.

—Ya.

—Siempre llevo algún caso entre manos.

—No sabes cuánto lo celebro,

—¿Cómo te van a ti las cosas, Buck?

—No puedo quejarme.

—¿Estás investigando algún caso?

—En estos momentos, no. Solucioné el último ayer, y ahora estoy a la espera de que me encarguen otro. No creo que me dejen mucho tiempo tranquilo.

—Me viene de perillas que no tengas ningún caso que solucionar, ¿sabes?

—¿Por qué?

Spooner miró a su alrededor, como si buscara algo.

—¿Tienes algo de beber, Buck?

—No.

—Qué lástima. Tengo la garganta seca.

—Echa un trago de agua en el grifo del lavabo.

—El agua, para los peces.

—Tú tienes cara de salmón.
El rubio volvió a reír.
—Eso ha tenido gracia, Buck.
—¿Qué diablos quieres, Arnie?
—¿De verdad no tienes un poco de whisky para tu amigo del alma...?
—Tú no eres mi amigo del alma.
—Sé que lo soy, lo que pasa es que no quieres reconocerlo. Disfrutas gruñéndome y poniéndome mala cara, pero estoy seguro de que mis visitas te alegran.
—Tengo una hemorragia de satisfacción cada vez que te veo.
Spoonier rió de nuevo.
—Tu sentido del humor es algo portentoso, Buck.
—Dime de una condenada vez a qué has venido, Arnie.
—Quiero que me ayudes a solucionar un caso.
—Siempre trabajo solo, y tú lo sabes.
—También yo trabajo solo, pero es que el caso que llevo entre manos es muy complicado, terriblemente difícil de aclarar. No obstante, con tu ayuda, creo que lo conseguiré.
Waxman movió la cabeza negativamente.
—No cuentes conmigo, Arnie.
—¿Te niegas a ayudar a tu amigo del alma?
—Te repito que tú no eres mi amigo del alma.
—Iremos a medias, ¿vale?
—Contigo no quiero ir a nada.
—Buck, muchacho...
—No insistas, Arnie. Si de verdad necesitas ayuda, pídesela a otro.
—Sólo confío en ti, Buck.
—No me hagas reír, que tengo el labio partido.
—Es la verdad, créeme. Si tú no quieres echarme una mano, seguiré solo con el caso.
—Haz lo que te parezca, pero olvídate de mí.
Arnie Spoonier exhaló un suspiro de resignación.
—Está bien, no insistiré más. Pero, si cambias de parecer, llámame a mi oficina.
—No voy a cambiar de parecer.
—Si no estoy, dale el recado a mi secretaria. Es nueva, ¿sabes? Y está como quiere, la chica.
—Por eso no tienes tiempo para leer el periódico; lo pierdes con tus secretarias.
Spoonier rió.
—Una deliciosa manera de perderlo, ¿no crees?
—Tal vez.
—¿Cuándo te decidirás tú a tomar una secretaria. Buck?
—Me temo que nunca. Yo vengo a mi oficina a trabajar, no a

divertirme. Eso lo hago por las noches.

—Eres un profesional como la copa de un pino.

—Lárgate ya, Arnie.

—Sí, no quiero molestarte más.

Spooner se puso en pie y tomó la caja que trajera consigo.

—Esto es para ti, Buck.

—¿Para mí?

—Sí.

Waxman miró la caja con desconfianza.

—¿Qué es?

—Un pequeño obsequio de tu amigo del alma.

—Y dale —gruñó Buck.

—Toma, ábrela.

—Prefiero que la abras tú.

—¿No te fías?

—De ti, ni un pelo.

Spooner dejó oír nuevamente su risa.

—¿Qué temes, que surja un guante de boxeo y te ponga un ojo negro?

—No me extrañaría nada.

—Está bien, yo la abriré, desconfiado.

Arnie Spooner le quitó el envoltorio y abrió la caja.

Contenía una preciosa estatuilla de bronce, que representaba un halcón en pleno vuelo.

Buck Waxman se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué diablos es eso? —murmuró.

—Un pisapapeles —respondió Spooner, tomándolo y depositándolo sobre la mesa—. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—Es tuyo.

Waxman entrecerró los ojos.

—¿Pretendes hacerme chantaje, Arnie?

—¿Chantaje...?

—Sí, un chantaje moral. Te he negado mi ayuda, y me haces un precioso y caro regalo.

—Bueno, no tan caro... Se trata de una estatuilla de bronce, no de oro.

—Aun así, te habrá costado una «pasta».

—Que yo he gastado muy a gusto, porque tenía ganas de hacerte un regalo.

—Me niego a aceptarlo.

—Por favor. Buck... Lo hago de corazón, sin ánimo de coaccionarte. Ya me has dicho que no quieres ayudarme a solucionar el caso que llevo entre manos, y yo lo he aceptado. El regalo no tiene nada que ver.

—Sentiré remordimientos, si lo acepto.

—¿Por qué?

—¡Porque sí, maldita sea! Cada vez que lo mire, pensaré en ti y en tu caso.

—Bueno, pues no lo mires —sugirió Spooner, con una sonrisa—. Hasta la vista, amigo del alma.

Al verlo caminar hacia la puerta, Waxman saltó del sillón.

—¡Espera, Arnie!

—Lo siento, no puedo entretenerme más.

—¡Llévate la estatuilla!

—La compré para ti, Buck. Te pertenece.

—¡No la quiero!

—Adiós, camarada.

—¡No me llames camarada! —rugió Buck.

Arnie rió.

Ya había salido del despacho y estaba cruzando la antesala del mismo.

Buck oyó sonar la campanilla de la puerta.

—¡Arnie...! —gritó, tomando el halcón de bronce y echando a correr en pos del rubio.

Pero ya no pudo dar con él.

Sin duda, Arnie había corrido también, para evitar la devolución de la estatuilla, y Buck no tuvo más remedio que quedarse con ella.

Ceñudo, el investigador regresó a su despacho y dejó el artístico pisapapeles sobre la mesa, ocupando seguidamente su sillón.

No quería mirar la preciosa estatuilla, pero sus ojos se sentían poderosamente atraídos hacia ella. Parecía como si el halcón de bronce tuviese imán.

La mirada de Buck Waxman se posó inexorablemente en la estatuilla.

De pronto, tuvo la corazonada de que aquel precioso halcón de bronce iba a traerle problemas.

Y, desgraciadamente, no se equivocó.

CAPÍTULO II

El desasosiego de Buck Waxman iba en aumento.

Quería olvidarse de la estatuilla, concentrarse en la lectura del periódico, pero le resultaba imposible. Sus ojos, sin que él pudiera evitarlo, abandonaban las páginas impresas de *La Tribuna de Chicago* y se clavaban en el halcón de bronce.

Furioso consigo mismo, el investigador atrapó bruscamente la estatuilla, la metió en la caja, y la tapó. Después, guardó la caja en uno de los cajones de su mesa.

Ya lo había decidido.

Le devolvería la estatuilla a Arnie Spooner.

No podía aceptar el regalo de su colega y seguir negándose a ayudarlo a solucionar el caso que tenía entre manos, porque su conciencia no se lo permitía.

Y, entre trabajar con Arnie, o devolverle el halcón de bronce, Buck prefería mil veces lo segundo.

Aquella misma mañana se lo devolvería.

En cuanto acabase de hojear el periódico.

Esperaba que ahora, guardada ya la estatuilla, no tendría dificultades para concentrarse en la lectura de las noticias más interesantes.

No tuvo, sin embargo, oportunidad de averiguarlo, puesto que la campanilla de su oficina se puso a sonar de nuevo.

Buck se preguntó si sería un cliente, o Arnie Spooner que volvía con cualquier pretexto para intentar convencerle de que le ayudase a resolver su caso.

Por si se trataba de un cliente, guardó nuevamente el periódico.

Buck prefería que fuese el zorro de Arnie, porque así le devolvería la estatuilla y se ahorraría la molestia de tener que llevársela a su oficina.

La puerta se abrió, pero no fue Arnie Spooner quien entró en el despacho, sino dos individuos con cara de pocos amigos.

Saltaba a la vista que no eran clientes.

Eran matones.

Un par de gorilas a sueldo.

Uno de ellos cerró la puerta y el otro preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó a su vez el investigador.

—La estatuilla.

—¿Se refieren al halcón de bronce...?

Los tipos cambiaron una sospechosa mirada.

El que hablaba con Buck asintió con la cabeza.

—Sí, a eso nos referimos.

—Arnie se lo llevó —mintió el investigador, sin saber exactamente por

qué.

Quizá por el aspecto de los individuos.

No le gustaba nada.

Los tipos volvieron a mirarse.

—Vimos salir a Spooner del edificio, y no llevaba la caja —dijo el que llevaba la voz cantante.

—¿De veras? —se hizo el sueco Buck.

—Tuvo que dejarla aquí.

—Pues no, les repito que se la llevó. Arnie quiso regalarme la estatuilla, pero yo me negué a aceptarla. Es un obsequio caro, y no quiero deberle nada al bribón de Spooner.

—No le creemos.

—Es la verdad, amigos.

—¿Le importa que registremos los cajones de su mesa?

—Sí, me importa. Guardo algunas cosas en ellos que no deben ver ojos extraños.

—A nosotros sólo nos interesa la estatuilla.

—Yo no la tengo. Además no me explico su interés por ese halcón de bronce. Spooner lo compró para mí.

—Spooners no lo compró; lo robó,

—¿Que lo robó...?

—Sí, ayer tarde. Y nosotros tenemos la misión de recuperarlo.

Buck Waxman sacudió la cabeza.

—Me cuesta creer que Spooner hiciera una cosa así. Podrá ser muchas cosas, pero un ladrón...

—Ya le daremos su merecido, cuando hayamos recuperado y devuelto a su dueño el halcón.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El dueño de la estatuilla.

—¿Para qué quiere saberlo, para devolvérsela personalmente?

—Oh, no —sonrió el investigador—, ¿Cómo podría devolvérsela, si yo no la tengo?

—Lo sabremos cuando hayamos registrado su despacho.

—Me opongo rotundamente a que registren nada.

—No se lo aconsejo. Sólo conseguirá que le rompamos unos cuantos huesos. Vamos, salga de ahí detrás.

Buck se puso en pie, pero se quedó detrás de la mesa.

—No quiero que husmeen en mis cajones.

—No podrá impedirlo, Waxman.

—Ya veremos.

El matón se acercó a Buck, muy seguro de sí mismo, y de pronto soltó el puño.

El investigador burló el golpe, al apartar el rostro con rapidez, y

respondió al ataque del individuo, conectándole un magnífico derechazo en toda la mandíbula.

El gorila reculó, impulsado por la fuerza del golpe, y acabó tendido cuan largo era en el suelo.

El otro matón se dispuso a intervenir, pero el caído alzó el brazo y ordenó:

—¡Quieto, Gopher! ¡El tipo es cosa mía!

El gorila se irguió, con una expresión que ponía los pelos de punta.

El llamado Gopher dijo:

—Si le atacamos los dos, acabaremos antes, Quentin.

—¡Me basto solo, Gopher!

Este no dijo nada más.

Quentin fue hacia el investigador, los puños en alto.

—Te voy a dejar hecho una pura piltrafa, Waxman.

—Tampoco es para tanto, hombre... —repuso Buck, socarrón.

Quentin hizo ademán de soltar de nuevo el puño derecho, pero sólo fue una treta para engañar al investigador, pues el puño que realmente partió en busca de su cara fue el izquierdo.

Pero Buck no se dejó sorprender, y tras esquivar el nuevo puñetazo del gorila, le hundió la zurda en el hígado.

Quentin lanzó un bramido y se dobló tanto que casi mete la cara en el ventilador, que seguía funcionando. Las aspas llegaron a rozarle la nariz, arrancándole un aullido, pues fue un roce terriblemente doloroso.

El matón se llevó la mano al apéndice nasal, que ya goteaba sangre.

—¡Bastardo! —barbotó, ronco de ira.

—Eso le pasa por meter las narices donde no debe —dijo Buck, y le cascó con el puño derecho.

Quentin se derrumbó.

Gopher, con mal disimulada ironía, preguntó:

—¿Insistes en que el tipo es cosa tuya, Quentin?

—¡No, maldita sea! —rugió Quentin—. ¡Atácale, Gopher!

—Será un placer —sonrió Gopher, y fue decididamente hacia el investigador.

Este sugirió:

—¿Por qué no me dejan eh paz y se largan?

—Porque queremos la estatuilla.

—La tiene Spooner, lo he dicho ya muchas veces.

—Está aquí, Waxman —masculló Gopher, y su puño buscó el rostro del investigador.

Gopher era un tipo sucio peleando, y lo demostró elevando bruscamente la rodilla izquierda, al mismo tiempo que soltaba su maza diestra.

Buck burló el puñetazo, pero se vio sorprendido por la rodilla del

gorila, no pudiendo evitar que se incrustara brutalmente en su estómago.

El investigador se encogió dando un grito.

La zurda de Gopher entró en acción, cazando en un pómulo a Buck, al que mandó irremisiblemente al suelo.

Sin darle tiempo a reponerse, el matón disparó la pierna e incrustó la puntera de su zapato en las costillas del investigador

Buck rugió de dolor.

Gopher le atizó otro patadón, ahora en los riñones.

El golpe, terrible, hizo que Buck Waxman se retorciera en el suelo.

Gopher se creyó de nuevo el delantero centro del «Cosmos» de Nueva York, y proyectó por tercera vez su pierna, golpeando en el rostro del investigador privado.

Buck quedó inmóvil, la cabeza ladeada, los ojos cerrados.

Gopher, con una presuntuosa sonrisa en los labios, se volvió hacia su compañero, que estaba sentado en el suelo, aplicándose un pañuelo a la nariz.

—No era tan fiero el león como parecía, Quentin.

—Has dado buen cuenta de él, Gopher.

—Y eso que no me he empleado a fondo.

—Registra los cajones, anda —rezongó Quentin, molesto por el hecho de que su compañero hubiese vencido con tanta facilidad al investigador, mientras que él no consiguió golpearle ni una sola vez.

Gopher abrió el cajón superior de la mesa y en seguida vio la caja que contenía la estatuilla.

—¡Aquí está, Quentin! —exclamó.

—Sabía que Waxman mentía —masculló su compañero.

—Me aseguraré de que el halcón está dentro. Por el peso, parece que sí Pero igual contiene un par de ladrillos.

—Tienes razón, no podemos fiarnos. Abre la caja y comprueba que la estatuilla está dentro.

Gopher abrió la caja y tomó el precioso halcón, mostrándoselo a su compañero.

—Ya es nuestro, Quentin.

—Todavía no, muchachos —dijo Buck Waxman, recuperado ya de los golpes, y le dio un tremendo puñetazo a Gopher en el estómago.

CAPÍTULO III

Gopher soltó la estatuilla, que cayó sobre la mesa, y se dobló como un garrote, lanzando un bramido elefantesco.

Buck Waxman acabó de incorporarse y, antes de que el matón se irguiera, cruzó las manos y las dejó caer sobre su nuca, con todas sus fuerzas.

El hachazo, realmente terrorífico, casi decapita a Gopher, quien cayó al suelo como fulminado por un rayo.

Ya no se levantó, claro.

Había perdido el sentido, y tardaría en recuperarlo.

Quien sí se levantó, y con muchas prisas, fue Quentin.

Embistió como un toro al investigador.

Buck Waxman, gran admirador de Curro Romero, el famoso torero español, le imitó con buen estilo y, pese a no disponer de un capote o una muleta, esquivó limpiamente la furiosa acometida de Quentin, cuya cabezota fue a estrellarse contra el archivador.

Menos mal que era metálico.

Si llega a ser de madera, el gorila mete la testa en un cajón.

El impacto, durísimo, dejó un tanto aturdido a Quentin.

Buck lo acabó de aturdir, propinándole un patadón en toda la quijada.

Quentin escupió un par de dientes, pero él no se enteró de que los perdía, porque ya había perdido el conocimiento.

Buck Waxman se cogió los riñones.

Le dolían.

También le dolían las costillas.

Y tenía una herida en el pómulos, que le había manchado la mejilla de sangre.

Lo primero que hizo el investigador fue coger el halcón de bronce y guardarlo nuevamente en la caja, la cual no se molestó ya en envolver. La envoltura, además, estaba un tanto rota.

Buck se puso la chaqueta y salió del despacho, con la caja en las manos. Antes de abandonar su oficina, extrajo su pañuelo y se limpió la sangre que manchaba su cara.

La herida de su pómulos precisaba atención, pero el investigador no disponía de tiempo. Le urgía devolverle la estatuilla a Arnie Spooner, a quien de paso le haría unas cuantas preguntas.

Y Spooner tendría que responder a ellas, por las buenas o a puñetazos.

* * *

Clarissa Mitchel, la nueva secretaria de Arnie Spooner, era una muchacha realmente bonita, con una figura que ya la quisieran para sí muchas de las chicas que solían presentarse a los concursos de belleza. Clarissa no se había presentado jamás a ninguno, pero, si algún día se decidía a hacerlo, tendría muchas posibilidades de ganarlo. Sería una «Miss Chicago» maravillosa, con probabilidades de convertirse también en «Miss América».

Tenía solamente veintidós años de edad, el pelo castaño, los ojos color canela, una naricilla encantadora y una boca preciosa de verdad, de esas que un hombre nunca se cansaría de besar, de mordisquear, de saborear como se saborea un delicioso manjar.

Clarissa vestía un pantalón azul turquesa, fresco y ceñido, y una liviana blusa rosa, cuya transparencia permitía vislumbrar el pequeño sujetador.

Mientras tecleaba con agilidad la máquina de escribir eléctrica, sentada frente a su mesa de trabajo, en la estancia que servía de antesala al despacho de Arnie Spooner, Clarissa Mitchel mascaba un chicle, con el que hacía un globito de vez en cuando.

Así la sorprendió Buck Waxman cuando entró en la oficina de Spooner: haciendo un gracioso globito.

Clarissa se apresuró a hacerlo estallar, porque comprendía que no estaba bien recibir a la gente formando divertidos globitos con una pastilla de goma de mascar.

—Buenos días, señor —dijo, sonriendo nerviosamente, el chicle bien oculto en su boca.

—Quiero ver a Arnie Spooner —gruñó Buck, que cubría su pómulo herido con el pañuelo.

—El señor Spooner no está —informó Clarissa.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No tengo ni idea.

—Pues vaya una secretaria —gruñó de nuevo Buck.

—¿Le ocurre algo en el pómulo?

—Me dieron una patada.

—¡Qué salvajada! —exclamó Clarissa, poniéndose en pie.

—¿Adónde va?

—En busca del botiquín.

—Olvidelo.

—¿No quiere que le cure?

—Lo que quiero es hablar con el granuja de Spooner.

—¿Por qué le llama granuja?

—Porque lo es. Me ha metido en un lío de campeonato.

—¿De veras?

Buck retiró el pañuelo, manchado de sangre, y le mostró la herida que

tenía en el pómulo a la atractiva secretaria de Arnie Spooner.

—Esto me lo han hecho por su culpa —rezongó.

Clarissa ahogó un gemido.

—Oh, cielos, tiene usted un pómulo que da es calofríos...

—También me patearon las costillas. Y los riñones. Y casi me sacan las tripas por la boca, de un rodillazo.

Todavía me duele el estómago. Y no es lo único que me duele.

—¿Quién le pegó?

—Fueron dos tipos.

—¿Por qué le golpearon?

—Querían esto —Buck dejó la caja sobre la mesa de la secretaria de Spooner, pero no la destapó.

—¿Qué es? —preguntó Clarissa.

—Una estatuilla de bronce.

—¿Me permite verla?

—Bueno.

Clarissa abrió la caja y contempló el halcón de bronce.

—Es preciosa.

—Sí, pero a mí sólo me está trayendo complicaciones.

—¿Intentaron robársela esos tipos?

—Recuperarla, según ellos. Aseguran que Spooner la robó.

Clarissa dio un respingo.

—¿Que Arnie la robó...?

—Sí, eso dijeron.

—No puedo creerlo.

—También yo tengo mis dudas. Por eso quiero hablar con Arnie.

—¿Cómo es que tiene usted la estatuilla?

—Arnie me la regaló esta mañana.

—¿Son ustedes amigos?

—Colegas, solamente.

Clarissa respingó de nuevo,

—¿También usted es investigador privado...?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Buck Waxman.

—Yo me llamo Clarissa; Clarissa Mitchel. Llevo poco tiempo todavía trabajando para Arnie Spooner.

—Sí, Arnie me dijo que había cambiado de secretaria. Cambia muy a menudo.

—¿En serio?

—Sí, cuando se cansa de acostarse con una, la sustituye por otra.

Clarissa enrojeció.

—Connmigo no se ha acostado.

—Me cuesta creerlo, porque es usted una preciosidad de chica.

—Soy la secretaria de Arnie, no su amante.

—Pues tendrá que ser ambas cosas, si quiere conservar el empleo al menos unas cuantas semanas.

—Si para conservarlo tengo que acostarme con Arnie, no lo quiero.

—¿Qué ocurre? ¿No le gusta Arnie...?

—Es un tipo simpático y agradable, pero yo no soy de esa clase de chicas que hacen el amor con cualquiera. Si estuviera enamorada de Arnie, sería distinto. Pero ése no es el caso.

—Pues vaya preparando sus cosas, Clarissa. Arnie intentará muy pronto tumbarla en el sofá de su despacho, y si usted se resiste la despedirá.

—Que me despida, no me importa. Yo vine a esta oficina a trabajar, no a dejarme tumbar en un sofá y permitir que me dejen en cueros. No soy una fulana.

Buck esbozó una sonrisa.

—Me alegra que piense así, Clarissa. Y no se preocupe. Si Arnie la despide, puedo emplearla en mi oficina.

—¿No tiene usted secretaria, señor Waxman?

—No. nunca la he tenido. Y el caso es que necesito una.

—Cuente conmigo. Si Arnie me pone en la calle, claro.

—La pondrá, no lo dude. Conozco bien a ese bribón. Y lo que de verdad me sorprende, es que no haya intentado seducirla, todavía.

—Olvidémonos de Arnie durante unos minutos y ocupémonos de su pómulo —sugirió Clarissa—. ¿De acuerdo?

—Está bien, vaya por el botiquín —accedió Buck.

—Vuelvo en seguida.

Mientras la preciosa secretaria de Arnie Spooner iba en busca del botiquín, Buck Waxman tomó el halcón de bronce en sus manos y lo observó de cerca, minuciosamente, tanto por arriba como por abajo.

Y, precisamente en la parte inferior de su base, sobre la que descansaban las patas del halcón, descubrió una raspadura, leve, pero tremendamente reveladora.

La estatuilla no era de bronce.

¡Era de oro macizo...!

CAPÍTULO IV

Clarissa Mitchel regresó con el botiquín

Al fijarse en la expresión de Buck Waxman, se quedó parada y exclamó:

—¿Ha visto usted algún fantasma, Buck...?

El investigador la miró.

—La cosa se complica, Clarissa.

—¿A qué se refiere?

—El halcón no es de bronce.

—¿No...?

—Es de oro.

—¡Oro! —repitió la secretaria de Arnie Spooner, respingando, lo cual motivó que casi se le cayera el botiquín de las manos.

—Acabo de descubrirlo, gracias a una ligera raspadura que tiene en la parte inferior de su base. Observe, Clarissa.

La muchacha se acercó.

—¿Seguro que es oro, Buck...?

—Sí, no hay lugar a dudas. La estatuilla es de oro macizo, con una ligerísima capa de bronce, para encubrirlo.

—¿Y qué explicación tiene usted para...?

—Por el momento, ninguna. Pero ahora ya comprendo por qué aquellos dos tipos, los que me atacaron en mi oficina, tenían tanto interés en recuperar el halcón. La estatuilla pesa unos tres kilos. ¿Sabe usted lo que valen tres kilos de oro puro, Clarissa?

—¡Una fortuna!

—Exacto.

—¿Por qué le diría Arnie que la compró para usted?

—No lo sé. Evidentemente, mintió.

—Entonces, debe ser cierto que la robó.

—Seguramente.

—¿Y por qué se la regaló a usted?

—No me la regaló, aunque él dijera que sí. Sólo quería deshacerse momentáneamente de ella. Y, de paso, complicarme en el asunto. Y lo ha logrado, el muy...

Clarissa le puso la mano sobre los labios.

—No lo diga, por favor. Basta con que lo piense.

—Está bien, me tragaré la palabrota. Pero en cuanto le ponga la vista encima a Arnie...

Clarissa abrió el botiquín.

—Con tanto lío, me había olvidado nuevamente de su pobre pómulo.

—Dese prisa, Clarissa —rogó Buck, mirando la puerta de la oficina de su astuto colega.

—¿Por qué me apremia? ¿Le duele mucho?

—Me duele bastante, pero no la apremio por eso, sino porque temo que los tipos que me atacaron aparezcan por aquí.

La muchacha se estremeció visiblemente.

—¡No me asuste. Buck!

—Disculpe, no era ésa mi intención.

—Le curaré la herida.

Clarissa atendió nerviosamente el lastimado pómulo del investigador. Después de limpiar la herida, aplicó un desinfectante y luego la cubrió con un pequeño trozo de gasa, que sujetó con dos tiras de esparadrapo.

Iba a decir que la cura había concluido, cuando la puerta se abrió de golpe y Quentin y Gopher irrumpieron en la oficina, esgrimiendo sendas pistolas automáticas, dotadas de tubo silenciador.

* * *

Clarissa Mitchel adivinó que se trataba de los tipos que atacaran a Buck Waxman en su oficina, y no pudo reprimir un grito de terror.

—¡Buck! —exclamó a continuación, cogiéndose del brazo del investigador.

Waxman se había quedado muy quieto, mirando a los matones.

Tenía la estatuilla de oro en las manos.

Por un instante, sintió deseos de arrojársela a la cara a uno de los tipos, pero se contuvo, porque con ello sólo conseguirla que el otro gorila le metiese un par de balas en el cuerpo.

Al advertir que la secretaria de Arnie temblaba como un flan, Buck forzó una sonrisa y dijo:

—Tranquila, Clarissa. No va a pasar nada.

—¡Va a pasar mucho! —rugió Quentin.

—Queréis la estatuilla de bronce, ¿no? Pues, muy bien, aquí la tenéis. Esta vez no haré nada por impedir que os la llevéis. No quiero meterme en líos. Que se las arregle el bribón de Spooner con vosotros.

—Recupera el halcón, Gopher —indicó Quentin.

Gopher fue hacia el investigador, con fiero gesto.

Buck le tendió la estatuilla, para evitar que el matón se le acercara demasiado, pues adivinaba sus deseos de golpearle.

—Toma, Gopher.

Este cogió la estatuilla con su mano izquierda.

—¡Toma tú, bastardo! —ladró a continuación, y descargó su arma sobre el hombro zurdo del investigador.

Buck Waxman dio un grito y se cogió el hombro.

Gopher le golpeó de nuevo, ahora en el cuello, y el investigador privado se derrumbó, emitiendo otro grito.

—¡Buck! —chilló Clarissa, estremecida.

Gopher le propinó un patadón al investigador en el pecho

arrancándole un nuevo aullido.

—¡Basta, salvaje! —gritó Clarissa—. ¡No le golpee más!

Gopher la miró de pies a cabeza, recreándose en las tentadoras curvas de sus caderas y en el par de prominencias pectorales.

—No está mal la chica, ¿verdad, Quentin?

—Pero que nada mal —Sonrió el otro matón, mirando suciamente a la secretaria de Spooner.

—Quizá quiera ofrecernos algo, para que dejemos de golpear al embustero de Waxman.

—Pregúntaselo, a ver.

—¿Qué estás dispuesta a ofrecernos, preciosa?

Clarissa vaciló.

—Bueno, yo...

Gopher le dio otra patada a Buck, ahora en el estómago.

El investigador rugió y se encogió.

—¿Decías, monada...? —preguntó Gopher, con irónica sonrisa.

Clarissa se mordió nerviosamente los labios.

—¿Qué... qué es lo que quieren de mí?

—Nos conformamos con un numerito de *striptease* —respondió Gopher.

—Pero completo, ¿eh? —añadió Quentin.

La secretaria de Arnie enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Por favor, no me obliguen a eso... —suplicó.

—¿Te da vergüenza desnudarte, encanto? —preguntó Gopher.

—Mucha.

—No te preocupes, prometemos no mirarte demasiado —dijo cínicamente Quentin.

Los dos matones rieron.

Clarissa miró a Buck.

Este, desde el suelo, pidió:

—No lo haga, Clarissa. No se quite la ropa delante de estos cerdos.

—Tengo que obedecerles, Buck. Si me niego, seguirán golpeándole brutalmente, y no podré soportarlo.

—Piénselo bien, se lo ruego. No se conformarán con contemplar su cuerpo desnudo, intentarán...

—¡Cierra el pico, Waxman! —ladró Gopher, echando su pierna derecha hacia atrás, para tomar impulso y proyectarla sobre el cuerpo del investigador.

Clarissa dio un salto y se interpuso entre Buck y el matón.

—¡No le pegue, me desnudaré!

Gopher y Quentin sonrieron.

—Está bien, muñeca. Empieza ya a quitarte cosas —apremió el primero.

—Sí, estamos ansiosos por verte en cueros —agregó el segundo.

Clarissa Mitchel hizo un esfuerzo por vencer su vergüenza y comenzó a desabotonarse la blusa, con manos temblorosas.

Buck Waxman apretó los dientes con rabia.

Tenía que impedir que Clarissa quedara completamente desnuda ante los sucios ojos de Quentin y Gopher, pero no sabía cómo. Estaba tendido en el suelo, le dolían todos los huesos del cuerpo y los matones le apuntaban con sus pistolas.

Si intentaba sacar el revólver que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta, los gorilas dispararían sobre él y le llenarían el pecho de agujeros.

Y, después, matarían a Clarissa.

No podían dejarla con vida, si lo mataban a él.

Aunque, a lo peor, Quentin y Gopher habían decidido ya acabar con los dos. Si sospechaban que él y Clarissa sabían que el halcón no era de bronce, sino de oro macizo, les cerrarían la boca para siempre.

Y también a Arnie Spooner, cuando lo atrapasen.

¿O lo habrían atrapado ya...?

Buck confiaba en que no.

Clarissa se había despojado ya de la blusa, y ahora se estaba bajando la cremallera del pantalón.

Los ojos de Quentin y Gopher estaban clavados en el busto femenino, que el breve sujetador de nylon apenas lograba velar.

Clarissa, que no levantaba la vista del suelo, se bajó lentamente el pantalón, mostrando sus preciosos muslos, largos, torneados, capaces de volver loco a un hombre.

Buck sentía que la sangre le quemaba en las venas.

No podía seguir soportando aquello.

Tenía que hacer algo.

Clarissa ya estaba en pantaloncitos y sujetador.

Las manos de la muchacha aún temblaron más cuando se las llevó a la espalda, para desabrochar el sucinto sujetador y quedar con los pechos desnudos.

Buck decidió que era el momento de intervenir, y se dispuso a extraer su revólver con toda la rapidez de que fuera capaz.

En ese preciso instante, sin embargo, la puerta de la oficina se abrió, dando paso a Arnie Spooner, quien velozmente saltó sobre Quentin, arrollándolo.

CAPÍTULO V

Gopher se revolvió, con intención de disparar sobre Arnie Spooner. Y lo hizo, aunque la bala no alcanzó al investigador.

La culpa de que el matón errara su disparo la tuvo Buck Waxman, que se había arrojado sobre sus piernas, derribándolo aparatosamente.

Clarissa Mitchel, con el sujetador desabrochado, pero puesto todavía, dio un chillido y se subió de un salto a su mesa, para no verse arrollada por los hombres que tan furiosamente luchaban en el suelo.

Al saltar, otras dos cosas saltaron también, y como la prenda encargada de sujetarlas no podía cumplir con su cometido, por hallarse suelta, la exhibición resultó inevitable.

Clarissa emitió un grito, al verse con los pechos al aire, y se apresuró a colocarse bien el sujetador, abrochándolo seguidamente, mientras se preguntaba si Arnie o Buck se habrían dado cuenta de lo sucedido.

Parecía que no, pues bastante tenían ellos con preocuparse de dominar a Quentin y Gopher. Tarea nada sencilla, porque los matones seguían esgrimiendo sus pistolas automáticas, y pugnaban por hacer un uso efectivo de ellas.

Como es lógico, Buck y Arnie pugnaban por todo lo contrario, es decir, por impedir que los gorilas pudiesen utilizar sus armas con éxito.

El rubio Spooner se dijo que la situación no estaba como para andarse con excesivos miramientos, así que le dio un terrible mordisco a Quentin en la mano derecha, para que soltara la pistola.

Y Quentin la soltó, claro.

También soltó un aullido.

Y, a continuación, un par de tacos.

Spooner, para evitar que el matón siguiera soltando palabrotas, le atizó un puñetazo en la boca.

Evidentemente, Quentin no tenía su día.

En la oficina de Buck Waxman, ya perdió un par de dientes, como consecuencia del patadón que el investigador le atizó en la quijada, y ahora, en la oficina de Arnie Spooner, perdió otra pieza dental.

Su boca estaba quedando de pena.

No tendría más remedio que ir al dentista, cuya factura le iba a costar un ojo de la cara.

Si más pronto piensa lo del ojo, más pronto le suelta Arnie un puñetazo en el izquierdo.

Lo dicho, Quentin no tenía su día.

Tampoco Gopher parecía tenerlo, pues Buck Waxman, para obligarle a soltar la pistola, no dudó en asestarle un duro y preciso rodillazo entre los muslos.

El matón, alcanzado de lleno donde más duele, no sólo soltó la pistola

en el acto, sino también un alarido ensordecedor.

Después, se puso a llorar a lágrima viva, como si acabara de morirle su madre.

Buck, que no podía ver llorar a la gente, porque le partía el corazón, atrapó el arma de Gopher y casi le parte la cabeza con ella, del golpe que le dio con el cañón.

El matón, en el fondo, se alegró, porque perdió el conocimiento y dejó de sufrir.

Buck se irguió con rapidez.

Arnie y Quentin seguían luchando como perros rabiosos.

Como perros rabiosos, sí, aunque había algo que los diferenciaba.

Arnie podía morder, porque conservaba todos sus dientes; Quentin, no, pues aparte de que le faltaban tres, los otros le dolían y algunos de ellos estaban flojos.

Por si fuera poco, Quentin sólo podía ver con un ojo, el derecho.

El izquierdo lo tenía muy hinchado y se le estaba poniendo negro por segundos, a causa del castañazo que le propinara Arnie.

Este, al ver que su colega ya se había desembarazado de Gopher, pidió:

—¡Échame una mano, Buck!

Waxman lo miró duramente.

—¿Que te eche una mano...? ¡Al cuello!

—¡Por favor! ¡Este tipo es duro como el granito!

Clarissa Mitchel intervino:

—¡Ayúdele, Buck!

—Está bien, pero conste que no se lo merece —rezongó Waxman, y golpeó la testa de Quentin con la pistola de Gopher.

El matón emitió un ronco gemido y quedó inmóvil.

Spooner se incorporó, sonriente.

—Gracias, Buck.

—¡De nada! —repuso Waxman, y disparó la zurda.

La cuadrada mandíbula del rubio crujió y el investigador se vino abajo, quedando tendido en el suelo.

Clarissa Mitchel, todavía de pie sobre su mesa, en braguitas y sostén, dio un grito al ver caer a su jefe.

—¡Arnie! —exclamó.

Spooner incorporó ligeramente el torso y se masajeó el mentón.

—¿Por qué me has sacudido. Buck...?

—¿No te lo imaginas?

—Sospecho que tiene algo que ver con el halcón de bronce.

—¿De bronce...? —rugió Waxman, recogiendo del suelo—. ¡Es de oro macizo!

—¡Estás loco!

—¡No me digas que no lo sabías, porque te lo tiro a la cabeza y te la

abro!

—¡Frénate, Buck! —rogó el rubio, protegiéndose la testa con el brazo, porque Waxman ya tenía la estatuilla enarbolada y parecía firmemente decidido a arrojársela.

Clarissa Mitchel se bajó rápidamente de la mesa y sujetó el brazo de Buck Waxman.

—Cálmese, Buck. Estoy segura de que Arnie se lo explicará todo.

—Más le valdrá, porque si no...

Los ojos de Spooner se pasearon por el cuerpo semidesnudo de su secretaria.

—¿No posee una figura maravillosa. Buck?

—Será mejor que se vista, Clarissa —gruñó Waxman—. Arnie está empezando a pensar cosas feas.

—¡Eh!, ¿quién ha dicho que sean feas? —protestó el rubio—. Desde que el mundo es mundo, no existe nada más hermoso que...

—Echa la cremallera, Arnie —ordenó Buck, con gesto amenazante.

—Echada —respondió Spooner, y ya no dijo nada más.

Clarissa se puso el pantalón y la blusa, de espaldas a los dos investigadores privados.

Arnie se incorporó y recogió la pistola de Quentin.

—Vaya par de herramientas que llevan los tipos, ¿eh, Buck?

—Admítelo, Arnie.

—¿El qué?

—Tú sabías que el halcón no es de bronce, sino de oro.

Spooner sonrió.

—Sí, lo sabía.

—¿Lo está oyendo, Clarissa? —masculló Waxman, con ganas de sacudirle de nuevo a su colega.

La muchacha no dijo nada.

Se limitó a mirar fijamente a Arnie, como esperando que éste diese una explicación convincente.

Spooner preguntó:

—¿Cómo lo descubriste tú, Buck?

—Por la raspadura que tiene en la parte inferior de su base.

—Yo se la hice. Sospechaba que la estatuilla no era de bronce, y rasqué un poco en su base.

—¿A quién se la robaste? ¿Por qué fingiste que me la regalabas? ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Te lo explicaré todo, Buck, pero no aquí. Los tres corremos peligro; tenemos que largarnos. Guarda la estatuilla en la caja, antes de que aparezcan más hombres de... Bueno, de quien yo sé. Por el camino te lo contaré.

CAPÍTULO VI

Buck Waxman no discutió con Arnie Spooner, pues tampoco él consideraba prudente continuar en la oficina de su colega, así que metió el halcón de oro en la caja y se la puso bajo el brazo.

Clarissa Mitchel, mientras tanto, cogió su bolso y se lo colgó del hombro, ansiosa también por abandonar la oficina, después del mal rato que le habían hecho pasar Quentin y Gopher.

—¿Qué hacemos con la artillería de los tipos, Buck? —preguntó Arnie.

—Nos la llevamos —respondió Waxman, y se guardó la pistola de Gopher.

Spooner se guardó el arma de Quentin y luego abrió la puerta, con cierta precaución.

—No hay moros en la costa —dijo, tras echar una ojeada al exterior, y cruzó la puerta.

Buck y Clarissa salieron tras él.

Mientras descendían la escalera, Arnie preguntó:

—¿Quieres que lleve yo la caja, Buck?

—No.

—Lo decía por evitarte responsabilidades, no por otra cosa.

—No seas cínico, Arnie, o te hago volar como un pájaro de una patada en el trasero.

El rubio rió.

—Está bien, Buck Llévala tú.

Alcanzaron el portal.

Antes de cruzarlo. Spooner se aseguró de que no les aguardaba ningún peligro afuera.

—El camino está despejado, muchachos.

Salieron los tres a la calle.

El Buick de Waxman se hallaba estacionado frente al portal.

Tras él, estaba el Chevrolet de Quentin y Gopher.

Un poco más allá, se encontraba el Dodge de Spooner.

—Iremos en mi coche —dijo Waxman.

—No, sería una equivocación —opinó al instante Spooner.

—¿Insinúas que se para por el camino?

—No, hombre, no lo digo por eso. Ocurre que los tipos conocen tu coche, como también conocen el mío, y nos conviene tomar un vehículo que ellos desconozcan, para que no pueda servirles de pista para localizarnos.

—Me niego a tomar el autobús.

Arnie soltó una carcajada.

—Tus bromas de siempre. Iremos en el coche de Clarissa, Buck. Los tipos no lo conocen.

—Buena idea, Arnie —sonrió su secretaria.

El Ford de Clarissa Mitchel, un modelo de varios años atrás, bastante bien conservado, se hallaba aparcado al otro lado de la calle.

Fueron los tres hacia él.

Clarissa, lógicamente, se sentó al volante.

Buck pensó que Arnie se sentaría al lado de su secretaria, reservándole a él una de las plazas traseras, pero se equivocó, porque el rubio ocupó el asiento de atrás.

Un tanto extrañado, y cuando ya se había sentado junto a Clarissa. Buck preguntó:

—¿Por qué no has querido sentarte delante, Arnie?

—Por temor a que me dices algún pescozón —respondió Spooner, y se echó a reír.

—No creas que vas a librarte de ellos porque viajes ahí atrás.

—No, pero al menos los veré venir. En marcha, Clarissa —indicó a su secretaria.

Esta puso el motor en funcionamiento y el coche arrancó.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó, porque no habían hablado de eso.

—A su casa —respondió Arnie.

—¿A la de Buck?

—A la suya, Clarissa.

La muchacha respingó.

—¿A mi casa...?

—Es el único lugar seguro. No podemos ir a la oficina de Buck, porque correríamos el mismo peligro que en la mía. Tampoco estaríamos seguros en mi apartamento o en el de Buck. Mientras esto no se aclare, no debemos volver por ellos ni por nuestras oficinas. ¿Tiene usted inconveniente en alojarnos provisionalmente en su casa, Clarissa?

—Por supuesto que no. Es un apartamento pequeño, pero ya nos apañaremos —respondió nerviosamente la joven.

—¿De cuántas camas dispone?

—Sólo de una. Pero el sofá del living es convertible, así que puede decirse que contamos con dos camas.

—Estupendo. El sofá convertible, para Buck.

Este miró ceñudamente a su colega, al tiempo que Clarissa enrojecía.

—¿Dónde piensas dormir tú, Arnie?

—En cualquier lado, no te preocupes.

—Le pedirás a Clarissa que te haga sitio en su cama, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó Spooner, poniendo cara de seminarista a punto de convertirse en sacerdote—. ¿Cómo iba yo a atreverme a...?

—Tú te atreves a eso y a mucho más.

—Buck, por favor, que Clarissa va a pensar mal de mí.

—Lo raro es que todavía no le hayas dado motivos para que piense mal ya.

Spooner rió nerviosamente.

—No le haga caso, Clarissa. Buck siempre está de broma.

—Sí, se me nota en la cara —rezongó Waxman, poniendo un gesto de lo más adusto y huraño.

—¿Lo ve, Clarissa? —siguió riendo Spooner—. Ya ha soltado otro chiste.

Clarissa Mitchel no se atrevió a hacer comentario alguno.

Con el rostro arrebolado todavía, continuó conduciendo su Ford por las calles de Chicago, en dirección a su casa, bastante distanciada de la oficina de Arnie Spooner.

Buck Waxman gruñó:

—¿Cuándo vas a empezar con tus explicaciones, Arnie?

—Ahora mismo, si quieres.

—Venga, desembucha de una condenada vez. ¿A quién pertenece el halcón de oro?

—A un tal James McNally, aunque puede que ése no sea su verdadero nombre. Ya lo averiguaremos.

—¿Averiguaremos...?

—Sí, los dos estamos metidos en el caso, Buck.

—¡Yo no estoy metido en nada!

—¿Cómo que no? Has peleado con dos de los hombres de McNally, sabes que el halcón no es de bronce, sino de oro... Estás tan metido en esto como yo mismo, camarada.

Waxman disparó la mano y agarró de la camisa a su colega.

—Por eso dejaste el halcón en mi despacho, ¿verdad? ¡Para meterme en el ajo!

Spooner carraspeó.

—Bueno, yo...

—¡Tú sabías que Gopher y Quentin vendrían por él! ¡Sabías que te seguían, y que al verte salir del edificio sin la caja, sospecharían inmediatamente que me habías entregado el halcón a mí!

—Me estás arrugando la camisa, Buck.

—¡También sabías que yo no permitiría que se lo llevaran, que lucharía con los tipos!

—Sí, la verdad es que contaba con eso. Y estaba seguro de que podrías con Quentin y Gopher. Tú eres muy bueno peleando, Buck.

Waxman apretó los dientes.

—Aguardabas abajo, ¿verdad? Me viste salir primero a mí, con la caja, y adivinaste que me dirigía a tu oficina. Un rato después, viste salir a los tipos, y los seguiste, intuyendo que también se dirigían a tu oficina. Por eso apareciste tan oportunamente. Estabas al otro lado de la puerta, con el oído pegado a ella, escuchándolo todo.

—Sí, es cierto —asintió Spooner.

Clarissa Mitchel no pudo reprimirse y preguntó:

—¿Por qué no intervino antes, Arnie? Buck estaba siendo golpeado, y yo tuve que pasar por la vergüenza de desnudarme delante de los tipos.

—Lo siento, Clarissa, pero no hubiera sido sensato intervenir antes. Para poder sorprender a Quentin y Gopher, tenía que pillarlos con los ojos bien fijos en algo.

—Y ese algo era yo, ¿no?

—Exacto. Sabía que, en cuanto usted empezase a quitarse la ropa, las miradas de Quentin y Gopher se clavarían como dardos en su preciosa figura. Por otra parte, y conociendo como conozco a Buck, sabía que él no permanecería impasible mientras usted se desnudaba totalmente para complacer a los tipos y evitar que siguieran maltratándole a él, sino que intervendría en el momento justo, es decir, cuando usted estuviese a punto de descubrir alguna zona íntima de su cuerpo. Esperaba lo mismo que yo, ni más ni menos. Por eso intervenimos los dos casi al mismo tiempo.

Clarissa Mitchel no dijo nada más.

Arnie Spooner rogó:

—¿Me sueltas la camisa, Buck?

Waxman retiró su mano y masculló:

—Está bien, admito que estoy metido en el lío. Tú me has metido, maldito. Me negué a colaborar contigo en el caso que llevas entre manos, y como tú ya contabas con ello de antemano, venías preparado para obligarme a colaborar. El plan te salió redondo.

—Perdóname, Buck, pero necesitaba tu ayuda. Yo solo no puedo hacer frente con éxito a McNally y su gente.

—Háblame de ese James McNally. ¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿A qué se dedica?

—Todavía no sé mucho sobre él. Como ya te dije, ni siquiera estoy seguro de que ése sea su nombre verdadero. Pero mis sospechas, en cuanto a sus actividades, parecen haberse confirmado.

—¿Cuáles son esas actividades?

Arnie Spooner tardó unos segundos en responder:

—James McNally es un traficante de oro.

CAPÍTULO VII

Buck Waxman y Clarissa Mitchel cambiaron una mirada, visiblemente sorprendidos por la revelación de Arnie Spooner.

—¿Traficante de oro...? —repitió Waxman, mirando de nuevo a su colega.

Este asintió con la cabeza.

—Así es, Buck. Funde el oro, en un lugar que todavía ignoro, lo convierte en figuras y objetos, que luego recubre con una leve capa de bronce, para ocultar el valioso mineral, y así lo saca del país.

—¿Estás seguro de eso, Arnie?

—Hasta ayer tarde, sólo eran sospechas, pero cuando conseguí apoderarme del halcón y rasqué la parte inferior de su base, descubriendo que no era de bronce, sino de oro macizo, ya no tuve dudas al respecto. El halcón es toda una prueba.

—Desde luego que lo es —opinó Clarissa Mitchel—. Si hablara con la policía...

—Oh, no, nada de policía por el momento —rechazó rotundamente Spooner—. Este caso lo he empezado yo, y yo lo terminaré, con la ayuda de mi gran amigo Buck. Es un caso importante, de los que proporcionan fama y prestigio a quien los resuelve, y no quiero que la gloria se la lleve la policía. ¿Verdad que estás de acuerdo conmigo, Buck?

Waxman no respondió, lo cual resultó harto significativo.

Spooner sonrió y añadió:

—Vamos a ser famosos, Buck. Tu nombre y el mío aparecerán en todos los periódicos. Y nuestras fotos. También aparecerán en televisión. Vamos a ser la envidia del resto de los investigadores privados. Nuestros nombres se pronunciarán con admiración.

—No corras tanto, Arnie. El caso aún no está resuelto.

—Pero lo estará. ¿O acaso lo pones en duda...?

—Es un caso difícil, tú mismo lo has dicho.

—Trabajando juntos tú y yo, no hay caso que se nos resista. Y esto me sugiere algo, Buck.

—¿El qué?

—Pues que deberíamos formar sociedad.

—Ni lo sueñes.

—Ya estoy viendo el precioso rótulo de la puerta de nuestro despacho, rezando en letras doradas: «Spooner y Waxman. Investigadores Privados».

—Tu nombre el primero, ¿verdad?

—Hombre, es que parece que suena mejor... De todos modos, no discutiríamos por eso. «Waxman y Spooner. Investigadores Privados». Tampoco suena tan mal...

Waxman dio un manotazo al aire.

—Olvídalo. Arnie. No formaría sociedad contigo ni aunque me ofrecieran todo el oro del mundo.

Spooner rió.

—No pierdo la esperanza de convencerte, Buck. Y cuento con Clarissa para ello.

La muchacha respingó.

—¿Conmigo?

—Explícate, Arnie —exigió Waxman.

—Clarissa es una chica preciosa. Y trabaja para mí. Si tú y yo formáramos sociedad, trabajaría para los dos. Sería nuestra secretaria común, Buck. ¿No te seduce la idea...?

Waxman miró a Clarissa y esbozó una extraña sonrisa.

—Tengo otros planes. Arnie.

—¿De veras?

—Sí.

—No pretenderás birlarme a Clarissa, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces...?

En aquel preciso instante, Clarissa Mitchel detenía su coche y decía:

—Hemos llegado.

Buck Waxman miró el edificio frente al cual acababa de estacionar su automóvil la muchacha.

—¿Vive aquí, Clarissa?

—Sí.

—Abajo, pues.

Descendieron los tres del Ford y subieron al apartamento de la joven.

Clarissa extrajo una llave de su bolso y abrió la puerta.

Penetraron los tres en el apartamento.

Un apartamento pequeño, como ya adelantara Clarissa, pero decorado con exquisito gusto.

—Pónganse cómodos los dos —sugirió la muchacha.

—Yo no podré sentirme cómodo, me ponga como me ponga —rezongó Waxman, oprimiéndose las costillas.

—¿Se siente mal, Buck?

—Llevo ya dos palizas esta mañana. La que me dieron en mi oficina, y la que me dieron en la de Arnie. Y ambas por culpa de este individuo que dice ser mi amigo... —miró, ceñudo, a Spooner.

El rubio tosió.

—Créeme que lo siento, Buck. Aunque sé que tú eres un tipo duro y lo resistes todo.

—Todo... menos las ganas de sacudirte.

Spooner dio un salto hacia atrás, al ver que su colega elevaba el puño.

—¡Por favor, Buck! ¿Es que vas a golpear de nuevo a tu amigo del

alma...?

Clarissa Mitchel se apresuró a intervenir.

—Contrólese, Buck —rogó, cogiéndolo del brazo.

—Lo intento, pero no me resulta fácil.

—Quítese la chaqueta y la camisa, y siéntese en el sofá. Le atenderé los golpes que le propinaron esos bestias.

—Excelente idea, Clarissa —dijo Spooner—. Yo, mientras tanto, prepararé unos tragos.

—Nos sentarán bien. Allí están las bebidas —indicó la joven.

Arnie se acercó al mueble-bar, pequeño, pero bien surtido.

Clarissa ayudó a Buck a despojarse de la chaqueta y de la camisa, y el investigador quedó con el torso desnudo, pudiéndose apreciar claramente las contusiones causadas por los furibundos patadones que le propinara Gopher.

—Siéntese, Buck —rogó la muchacha—. Tengo un linimento que es una maravilla. Se lo aplicaré en los golpes y...

—¿No me hará más efecto si me lo bebo?

Arnie rió con ganas.

—¿Tiene o no tiene sentido del humor, Clarissa? —dijo.

—Sí, mucho —sonrió la joven, y fue en busca del linimento.

Spooner ya había escanciado whisky en tres copas.

—¿Solo o con agua, Buck? —preguntó.

—Solo —gruñó Waxman.

—Así lo prefiero yo también.

—A mí écheme un poco de soda. Arnie —pidió Clarissa, que ya volvía con el frasco de linimento y unas vendas.

—Soda para la señorita —sonrió Spooner.

Clarissa aplicó el linimento a las contusiones de Buck, cuyas costillas vendó a continuación tan bien como si se tratara de una experta enfermera.

—Así, cuando respire, le dolerá menos —explicó.

—Gracias, Clarissa.

—No hay de qué.

Buck bebió un trago de whisky.

Arnie, sentado en un sillón, bebió también.

Se había quitado la chaqueta, antes de acomodarse en el sillón.

Clarissa ayudó a Buck a ponerse la camisa, y luego se sentó en el sofá, junto a él. Tomó su copa e ingirió un sorbo de whisky con soda.

Waxman miró a Spooner.

—Bien, tú dirás lo que vamos a hacer, Arnie. ¿Cuáles son tus planes con respecto a...?

Buck Waxman no llegó a acabar la frase, pues en aquel momento, y de forma tan súbita como silenciosa, dos individuos aparecieron en el living, empuñando sendos pistolones provistos de silenciador.

CAPÍTULO VIII

Un gemido escapó de la garganta de Clarissa Mitchel, al tiempo que la copa resbalaba entre sus temblorosos dedos y se estrellaba contra el suelo, desparramando su contenido por la moqueta.

Buck Waxman y Arnie Spooner no perdieron sus copas, pero casi.

Los dos se habían quedado paralizados a causa de la sorpresa.

Evidentemente, no se esperaban aquello.

—Conque en el apartamento de Clarissa estaríamos seguros, ¿eh, Arnie? —masculló Waxman.

—No me explico cómo han podido dar con nosotros, Buck —murmuró Spooner.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Es muy sencillo, muchachos —respondió uno de los tipos—. Os seguimos en nuestro coche.

—¿Nos visteis salir de mi oficina...?

—Así es —asintió el otro matón—. Aguardábamos en la calle, prudentemente distanciados del portal.

—Muy listos —rezongó Arnie.

—Bastante más que Gopher y Quentin. El jefe está muy disgustado con ellos. Se dejaron vapulear en la oficina de Waxman, y luego fracasaron también en la tuya, Spooner.

—No estarán muertos, ¿verdad? —preguntó el otro gorila.

—No, sólo les dimos unos golpes —respondió Spooner—. Y ellos a nosotros también nos dieron unos cuantos, claro. Fijaos en Waxman. Resultó el más castigado. Mi secretaria ha tenido que hacer de enfermera con él.

Las miradas de los matones se posaron en la tentadora figura de Clarissa.

—Con una secretaria así, se pueden hacer muchas cosas —dijo el tipo de la derecha, con una significativa sonrisa—. ¿No crees, Harvey?

—Y que lo digas, Randy —respondió su compañero, con idéntica sonrisa.

Clarissa Mitchel enrojeció.

Adivinaba lo que estaban pensando los matones, y temía que le pidieran lo mismo que Gopher y Quentin: que realizara un número de *striptease* completo, para poder deleitarse contemplando su cuerpo desnudo.

Y seguramente no se conformarían con contemplarlo.

Los temores de Clarissa parecieron confirmarse cuando el llamado Randy ordenó:

—Ponte en pie, preciosa.

La muchacha vaciló.

—Obedezca, Clarissa —aconsejó Buck.

La secretaria de Arnie se irguió lentamente.

Las piernas le temblaban.

En realidad, todo su cuerpo temblaba.

Afortunadamente, Randy no le pidió que se quitara la ropa, sino esto otro:

—Coge las chaquetas de Spooner y Waxman, y tráelas aquí.

Clarissa miró nerviosamente a Buck y Arnie.

Sabía por qué los matones querían las chaquetas de los dos investigadores: para apoderarse de sus armas.

—¿A qué esperas, muñeca? —apremió Harvey.

—Haga lo que le dicen, Clarissa —indicó Buck.

La muchacha tomó las dos chaquetas y se las llevó a los hombres de James McNally.

Fue Randy quien las registró, encontrando no sólo los respectivos revólveres de los investigadores, sino también las pistolas de Quentin y Gopher.

Randy y Harvey se guardaron todas las armas.

El primero devolvió ambas chaquetas a Clarissa, indicando:

—Llévaselas, y que se las pongan.

La joven tomó las chaquetas.

Deliberadamente, Randy retuvo con disimulo una de ellas, haciendo que cayera al suelo.

—Recógela, monada.

Clarissa se agachó, momento que aprovechó Randy para darle una sonora palmada en el trasero.

—¡Ay! —gritó la joven, irguiéndose al instante, con la cara roja como un ramo de amapolas.

Randy y Harvey rompieron a reír.

—¡Esto es un pandero, y no lo que tocaba yo cuando era pequeño! —exclamó el primero.

—Este suena mejor, ¿eh, Randy? —dijo el segundo.

—¡Mucho mejor!

Clarissa Mitchel, con los ojos relampagueantes de ira, gritó:

—¡Sinvergüenza! ¡Gamberro! ¡Cochino!

—¡Eh, para el carro, guapa! —exclamó Randy—. La culpa la tienes tú, por poseer un trasero tan provocativo. Si tuvieras las nalgas cuadradas o caídas, no me hubieran entrado ganas de palmeártelas.

—Y más vale que te alejes, porque no es lo único que tienes provocativo —agregó Harvey, clavando sus ojos en el firme y torneado busto femenino.

Clarissa se apartó rápidamente de los tipos, temerosa de que le echaran mano de nuevo, y entregó a Buck y Arnie sus respectivas chaquetas.

—Ponéros las, que nos vamos —indicó Randy.

—¿Adónde? —preguntó Spooner.
—El jefe quiere haceros algunas preguntas.
—La chica se queda, ¿verdad? —dijo Waxman.
—No, ella también vendrá.
—No tiene nada que ver en esto, dejadla en paz.
—Puede que no tenga nada que ver, pero tiene mucho que enseñar —
repuso Harvey, con irónica sonrisa.
Clarissa se estremeció, pero no suplicó a los matones que se fueran sin
ella. No hubiera servido de nada, y ella lo sabía.
Buck tampoco insistió, por la misma razón.
Se puso la chaqueta, en silencio.
Arnie se puso la suya, muy callado también.
Cuando los dos se levantaron, Randy ordenó:
—Echaros en el suelo, boca abajo, y poned las manos a la espalda.
Tenemos que ataros.
Buck y Arnie no tuvieron más remedio que obedecer.
—Tú échate sobre el sofá, preciosa —indicó Randy a Clarissa.
La muchacha respingó, asustada.
—¿También van a atarme...?
—Claro.
—¡Me niego rotundamente!
Randy le apuntó con su pistolón.
—Si no te echas en el sofá ahora mismo, te hago un feo agujero entre
pecho y pecho. ¿Qué prefieres, primor?
Lo del agujero entre los senos produjo un largo escalofrío a Clarissa.
Sumisamente, se echó sobre el sofá y se llevó las manos a la espalda.
Al trasero, más concretamente.
Trataba de protegérselo, por si el matón que la atase intentaba
aprovecharse. Claro que, una vez atadas las manos a la espalda, otras
«cosas» quedarían sin protección.
Sólo de pensarlo, Clarissa sintió deseos de llorar.
Randy indicó:
—Átalos a los tres, Harvey. Yo los vigilo. Si alguno se mueve, me lo
cargo sin contemplaciones.
—Ya lo habéis oído —dijo Harvey, devolviendo su pistola a la funda
axilar.
Después, extrajo unas cuerdas de nylon del bolsillo de su chaqueta y
se acercó a los dos investigadores.
Ató primero a Buck, a conciencia.
Tan fuertemente apretó la resistente cuerda, que el investigador
emitió un par de gemidos de dolor
—Lo siento, Waxman, pero tengo que estar seguro de que no podrás
desatarte por el camino —dijo cínicamente el matón.
—Vete al diablo —masculló Buck.

Harvey rió y procedió a atar a Arnie.

El rubio también se quejó.

—¿Es que quieres cercenarme las muñecas?

—Te digo lo mismo que a tu colega, Spooner.

—Él te mandó al diablo, pero yo te mando al infierno.

Harvey volvió a reír.

—Sois un par de quejicas —dijo, y se aproximó a Clarissa, con otro pedazo de cuerda en las manos.

—A ella no es necesario que la ates tan fuerte, Harvey —dijo Buck.

—Tranquilos, no la lastimaré. Yo suelo ser muy delicado con las cosas bonitas. ¿No es cierto, Randy?

—Oh, sí, de lo más delicado —asintió su compañero, riendo burlonamente.

Harvey empezó a atar las manos de Clarissa.

No apretó tanto la cuerda como en los dos casos anteriores, pero, aun así, para la muchacha resultó doloroso, y no pudo reprimir un par de grititos.

—No me digas que te hago daño.

—Sí, me lo hace —gruñó Clarissa.

—Pero si la cuerda sólo te está acariciando la piel...

—¡Y un cuerno!

—Te llamas Clarissa, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no tienes nada de lisa, Clarissa... —quiso hacer un chiste Harvey, al tiempo que posaba sus manazas sobre el redondeado trasero femenino.

La joven se agitó furiosamente sobre el sofá y comenzó a patalear.

—¡No me toque, so cerdo!

—Te digo lo mismo que mi compañero. Si tuvieras un trasero plano y feo, no sentiría el menor deseo de tocártelo.

—¡Retire sus zarpas, puerco!

—Vamos, Harvey, déjala ya —dijo Randy—, Tenemos que irnos.

—Sí, tienes razón —sonrió Harvey, y dejó de oprimir las prietas nalgas femeninas.

El matón extrajo de nuevo su automática y cogió la caja que contenía la estatuilla de oro macizo, la cual descansaba sobre la pequeña mesa de vidrio del living.

Harvey comprobó que el halcón estaba en la caja, y dijo:

—Misión cumplida. Randy.

—Así es, Harvey. En marcha —indicó Randy, visiblemente satisfecho por la recuperación del valioso halcón de oro.

CAPÍTULO IX

Buck Waxman, Arnie Spooner y Clarissa Mitchel fueron sacados del apartamento de esta última por los hombres de James McNally.

Randy iba delante, empuñando su arma, con la que no dejaba de apuntar a los dos investigadores privados y a la muchacha, de quienes no se fiaba ni un pelo.

Buck, Clarissa y Arnie, por este orden, iban detrás de Randy.

Harvey cerraba la fila india, esgrimiendo su pistola con la derecha y llevando bajo el brazo izquierdo la caja en la que descansaba el halcón de oro macizo.

Mientras descendían la escalera, Buck y Arnie pensaban lo mismo.

Tenían que intentar algo.

Si se dejaban conducir al cubil de James McNally, probablemente sus vidas acabarían allí. Sabían los tres demasiado, y McNally optaría por eliminarlos, para que sus delictivas actividades continuasen en secreto.

Si querían escapar, tenían que intentarlo ahora, mientras bajaban la escalera. Una vez metidos en el coche de los matones, ya no tendrían la menor posibilidad.

Así parecían comprenderlo Buck y Arnie, y aunque no podían cambiar una sola palabra, porque Randy y Harvey les oírían al instante, bastó una fugaz mirada para ponerse de acuerdo y decidir que era el momento de entrar en acción.

Y lo hicieron.

Perfectamente sincronizados.

Buck alargó el pie derecho y engatilló la pierna izquierda de Randy, quien al instante perdió el equilibrio y rodó escaleras abajo, hecho una pelota.

Arnie, por su parte, se revolvió como una centella y propinó un tremendo cabezazo a Harvey en el estómago.

El matón aulló y cayó de espaldas, perdiendo la pistola y la caja que contenía el halcón de oro.

Buck ya bajaba la escalera a saltos.

Randy también había perdido su arma en la caída, y el investigador tenía que impedir que el gorila pudiera recuperarla.

La intención de Buck era dejar sin sentido a Randy, atizándole un par de patadones en la cara, antes de que el matón, lógicamente atontado por la violenta caída, se recobrara y se pusiera en pie.

Idénticas intenciones tenía Arnie.

No podía permitir que Harvey se recobrara del doloroso cabezazo al estómago y recuperara su pistola, así que levantó el pie derecho, para acto seguido dejarlo caer con violencia sobre el rostro del matón.

Desgraciadamente para el investigador, Harvey reaccionó antes de lo

previsto y le aferró el pie con ambas manos, empujándolo seguidamente hacia atrás.

Arnie, al tener las manos atadas a la espalda, no pudo agarrarse a nada y se fue escaleras abajo, rodando como una bola.

Clarissa Mitchel dio un grito y se pegó a la pared, para no verse arrollada por el rubio en su aparatosa caída.

Buck Waxman ya estaba junto a Randy, dispuesto a dormirlo del todo a patadas, pero la voz de Harvey lo frenó:

—¡Quieto, Waxman! ¡Si disparas la pierna, te dejo seco a tiros!

El investigador se volvió y miró hacia arriba.

Harvey había recuperado su pistola y le apuntaba con ella.

Buck no tuvo más remedio que bajar lentamente la pierna.

Ya no había nada que hacer.

El intento había fracasado.

Arnie Spooner, tirado en el rellano de la escalera, muy cerca de su colega, dijo:

—Lo siento, Buck. No pude dominar a Harvey.

—Otra vez será —suspiró Waxman, resignado.

Randy se irguió, rabioso, y rugió:

—¡No habrá próxima vez, bastardos!

Hundió su puño en el estómago de Buck, y cuando éste se dobló, dando un rugido, el matón le asestó un terrible golpe en la nuca.

El investigador se desplomó, momentáneamente aturdido.

A continuación, fue Arnie el que «cobró».

También recibió un golpe en el estómago, seguido de un mazazo en el cuello, que lo dejó medio atontado.

Clarissa Mitchel, aterrorizada, sollozaba en medio de la escalera.

Harvey la agarró del brazo y la empujó con brusquedad.

—¡Abajo, vamos!

La muchacha bajó los peldaños a trompicones.

—¡Vosotros, en pie! —ladró Randy, y para que los dos investigadores se dieran prisa en obedecer, les atizó un duro puntapié a cada uno en el trasero.

Buck y Arnie se incorporaron, aunque con mucha dificultad, por los golpes recibidos y por no poder ayudarse con las manos.

—Espero que se os hayan ido las ganas de intentar escapar —masculló Randy.

—Las ganas... y las fuerzas —añadió Harvey.

Así parecía, en efecto, pues Buck y Arnie apenas podían sostenerse en pie.

Randy y Harvey los sacaron a la calle, junto con Clarissa, y los metieron a los tres en un Lancia marrón, en la parte de atrás, quedando la muchacha sentada en medio de los dos investigadores privados.

Harvey se sentó al volante y puso el motor en marcha.

Randy, sentado a su lado, tenía sobre sus rodillas la caja que contenía el halcón de oro y apuntaba con su pistola a Buck, Clarissa y Arnie, por encima del respaldo del asiento.

—Larguémonos, Harvey —rezongó.

—En seguida —respondió su compañero, y el Lancia arrancó, cobrando rápidamente velocidad.

* * *

El Lancia disponía de teléfono.

Randy lo tomó y marcó un número, llevándose lo seguidamente al oído.

Segundos después, una voz respondía:

—¿Diga...?

—¿Es usted, jefe?

—Sí, soy yo, Randy. ¿Qué noticias puedes darme?

—Excelentes, jefe. Hemos recuperado el halcón, y tenemos en nuestro poder a los dos investigadores y a la secretaria de Spooner. Se los llevamos para que pueda usted interrogarlos.

—Buen trabajo, muchachos.

—La chica está como para comérsela, jefe.

—¿De veras?

—Sí, es un auténtico bombón. Merecería salir en la página central de la revista *Playboy*.

—¿La habéis visto desnuda, acaso...?

—No, pero se adivina fácilmente lo que hay debajo de la ropa. Y todo es portentoso, jefe.

—Estoy deseando conocerla, muchachos.

—Dentro de unos minutos la tendrá ante sus ojos, jefe, y podrá comprobar que no exagero en absoluto.

—¿Qué sabéis de Quentin y Gopher? —preguntó McNally.

—Están vivos, jefe. Spooner y Waxman les dieron unos cuantos golpes, y los dejaron sin sentido. Deben continuar en la oficina de Spooner.

—Pareja de inútiles. Me han fallado dos veces, pero no me fallarán tres. Quiero hombres de garantía a mis órdenes, no mequetrefes —masculló James McNally.

—Nosotros no le hemos fallado, jefe.

—No, vosotros no me falláis nunca, Randy. Tendré que aumentaros el sueldo.

—Oh, gracias, jefe. Harvey se va a poner muy contento, cuando se lo diga.

McNally rió.

—Os espero, muchachos —dijo, y cortó la comunicación.

* * *

Tal y como Randy suponía, Quentin y Gopher continuaban en la oficina de Arnie Spooner, tirados en el suelo, sin conocimiento.

Gopher fue el primero en recobrarlo, pero al instante lo lamentó, porque de nuevo empezó a sufrir. Los órganos genitales le dolían terriblemente, a causa del rodillazo que le atizara Buck Waxman, para obligarle a soltar el arma.

También le dolía mucho la cabeza, en donde tenía una brecha considerable, causada igualmente por Waxman, con la propia pistola del matón.

La herida ya no sangraba, pero la hemorragia había sido importante.

Por todo ello, Gopher se encontraba algo mareado y no conseguía que la mirada se le aclarase totalmente.

Aun así, descubrió a su compañero.

La cara de Quentin producía escalofríos.

Su ojo izquierdo era talmente una masa de carne negruzca e hinchada, que cubría por completo el órgano visual. Su boca, con tres dientes menos y ambos labios partidos, azulados y gruesos como salchichas, a causa de la hinchazón, también erizaba el vello sólo de verla.

Y, como Buck Waxman también le atizó en toda la testa con la pistola de Gopher, Quentin tenía asimismo una herida en ella, que había sangrado profusamente, también.

Gopher se arrastró hacia su compañero y lo zarandeó, agarrándolo por el hombro.

—Eh, Quentin... Despierta, maldita sea.

Quentin abrió el ojo derecho, porque el otro no había manera.

—¿Eres tú, Gopher...? —preguntó, sin mover apenas los abultados labios.

—¿Es que río puedes verme?

—Tu cara es un borrón.

—Pues anda que la tuya...

—Me duele mucho la boca. Y el ojo izquierdo. Y la cabeza.

—Esos bastardos nos sacudieron de firme. Yo no sé si podré caminar, de tan hinchados que tengo los... Waxman me los pilló de lleno con su rodilla, y siento un dolor espantoso.

—Cuando el jefe sepa lo que ha pasado...

—No quiero ni pensarlo, Quentin.

—¿Cómo pudimos ser tan torpes? En la oficina de Waxman, ya nos dejamos sorprender por éste. Y, en ésta, nos dejamos sorprender de nuevo por él y por Spooner.

—Sí, no tenemos justificación. El jefe nos abroncará con razón. Tuvimos por dos veces el halcón de oro en nuestras manos, y nos lo dejamos arrebatar.

—Habría que recuperarlo como sea. Gopher.

—Sí, no tenemos alternativa. O lo recuperamos, y pronto, o el jefe

hará ensaladilla rusa con nosotros.

Apoyándose el uno en el otro, los matones consiguieron ponerse en pie y abandonaron la oficina de Arnie Spooner, caminando como borrachos.

Ya en la calle, quedaron bastante sorprendidos al ver estacionados los coches de Spooner y Waxman.

—¿Qué significa esto, Gopher...? —exclamó Quentin.

—No lo entiendo, Quentin. Ese es el Buick de Waxman. Y, aquél, el Dodge de Arnie Spooner.

—Debieron tomar un taxi.

—Lo encuentro muy extraño.

—Yo también, pero...

En aquel preciso instante, sonó el teléfono del Chevrolet de los matones, y éstos respingaron a dúo.

—¡El jefe! —adivinó Quentin.

—¡Querrá saber si ya hemos recuperado el halcón de oro! —exclamó Gopher.

Los dos gorilas se metieron rápidamente en el Chevrolet.

—Contesta tú, Gopher, que a mí me duele la boca —dijo Quentin, para quitarse las pulgas de encima.

Gopher llenó sus pulmones de aire, para darse valor, y cogió el teléfono.

—Gopher al habla.

—Hola, inútil.

—¡Ah!, es usted, jefe.

—¿Quién creías que era, tu tía la del pueblo? —masculló James McNally.

Gopher tosió.

—Verá, jefe. Quentin y yo...

—¿Está ese otro inútil contigo?

—Sí, jefe; lo tengo a mi lado.

—Quiero verlos a los dos inmediatamente.

—Pero es que el halcón de oro...

—Olvidaos del halcón de oro. Randy y Harvey lo han recuperado, y tienen en su poder a Waxman, a Spooner y a la secretaria de éste. Están de camino.

Gopher respingó.

—¡Qué alegría, jefe!

—Os quiero aquí dentro de unos minutos.

—Sí, jefe. En seguida salimos hacia ahí.

James McNally cortó la llamada.

Gopher colgó el teléfono y gritó:

—¡Yujúuu...!

—¿Qué diablos ocurre, Gopher? —preguntó Quentin, perplejo.

—¡Randy y Harvey han recuperado el halcón de oro!

—¿De veras...?

—¡Sí, y han capturado a Spooner, a Waxman y a la chica!

—¡Estupendo!

—¡Pon el coche en marcha, Quentin! ¡El jefe quiere vernos!

Quentin denotó una repentina preocupación.

—No creo que sea para felicitarnos, Gopher.

—Se ha recuperado el valioso halcón, ¿no?

—Sí, pero no lo hemos recuperado nosotros.

—¿Y qué importa eso? El caso es que se ha recuperado, y el jefe debe sentirse contento. Y no sólo por la recuperación del halcón, sino porque Randy y Harvey han atrapado a Spooner, a Waxman y a la chica. A los dos investigadores les sacará todo lo que saben, antes de liquidarlos. En cuanto a la secretaria de Spooner... Cuando el jefe vea lo tremenda que está, le van a entrar unas ganas locas de divertirse con ella. Y lo hará, porque nadie podrá impedirselo.

—Es posible que tengas razón, Gopher —dijo Quentin, y puso el Chevrolet en funcionamiento.

CAPÍTULO X

El Lancia marrón rodaba por las calles de Chicago.

En el asiento trasero, encañonados siempre por la pistola de Randy, Buck Waxman, Clarissa Mitchel y Arnie Spooner permanecían inmóviles.

Buck y Arnie habían tanteado ya la resistencia de las cuerdas que sujetaban sus manos, y era tanta, que tuvieron que desistir de intentar vencerla, convencidos de que ello era imposible.

A Clarissa le sucedió lo mismo.

También ella, ingenuamente, había pensado que tal vez, si lo intentaba con todas sus fuerzas, lograría soltarse. Muy pronto, sin embargo, se convenció de que jamás conseguiría vencer la resistencia de la fuerte cuerda de nylon, la cual se incrustó en sus muñecas, causándole un dolor insoportable.

De pronto, Clarissa se envaró, con una extraña expresión en el rostro. Plenamente justificada, sin embargo, pues una mano acababa de posarse en su trasero.

¡Y la mano empezó a tantear!

Clarissa reprimió a duras penas un grito.

Miró a Arnie Spooner, pensando que era éste quien se estaba aprovechando de la situación con todo disimulo.

Pero el rubio era inocente.

Clarissa pudo verle las dos manos, muy lejos ambas del trasero de ella.

Rápidamente, la muchacha se volvió hacia Buck Waxman.

Buck le sonrió de forma apenas perceptible.

El rostro de Clarissa subió de color.

¡Era él!

¡Era Buck quien le estaba tocando el trasero!

Clarissa se dispuso a llamarle algo muy feo, cuando, súbitamente, comprendió la verdad.

¡Buck no se estaba aprovechando!

¡Intentaba aflojar la cuerda que sujetaba sus manos, para que ella pudiera desatarse y ayudar luego a los dos investigadores a soltarse!

Clarissa le pidió perdón con el pensamiento, por haber dudado de él, y colocó las manos de forma que a Buck le resultase más fácil aflojarle la cuerda.

El investigador siguió pugnando disimuladamente por soltar las manos de la muchacha. Inevitablemente, la suya tenía que entrar en contacto una y otra vez con las firmes nalgas femeninas, lo cual producía un cierto nerviosismo en Clarissa.

Arnie Spooner se percató de lo que estaba sucediendo, y lamentó no haber tenido la misma idea que su colega. Pero aún estaba a tiempo de colaborar.

Y lo hizo.

Clarissa respingó ligeramente al sentir otra mano en su trasero, pero no protestó. Sabía que Arnie pretendía lo mismo que Buck, y no debía molestarse por contacto más o menos, todos ellos forzosos, por otra parte.

Randy no se enteraba de nada, pese a estar muy pendiente de la pareja de investigadores y de la muchacha.

Lamentablemente, el Lancia llegó a su destino antes de que Buck y Arnie hubiesen conseguido soltar a Clarissa, y los investigadores se vieron obligados a interrumpir su disimulada tarea.

No obstante, la cuerda que sujetaba las manos de Clarissa estaba ahora mucho más floja, y tal vez la muchacha lograrse soltarse por sí misma, cuando lo considerase más oportuno.

El Lancia se había metido en un gran almacén, en el que abundaban las más diversas mercancías. Harvey y Randy saltaron al suelo y obligaron a Buck, Clarissa y Arnie a salir del vehículo, apuntándoles con sus armas.

Harvey comprobó qué las manos de los dos investigadores seguían fuertemente atadas. Por fortuna, no se molestó en echar un vistazo a la cuerda que sujetaba las manos de Clarissa, convencido de que la muchacha no disponía de las fuerzas suficientes para aflojarla.

—Vamos, caminad —indicó el matón, empujando a Buck y a Arnie.

Los investigadores y la muchacha fueron conducidos a una habitación, cuya puerta, perfectamente disimulada, se abría accionando un resorte oculto en la pared.

La habitación, cuadrangular, no muy grande, carecía de ventanas.

Era húmeda y un tanto siniestra.

Casualmente, había tres sillas en ella.

¿O habrían sido puestas poco antes, para cuando Randy y Harvey llegaran con ellos...?

Sea como fuere, Buck, Arnie y Clarissa fueron obligados a sentarse en ellas.

—Átalos a las sillas, Harvey —dijo Randy.

Al oír esto, las esperanzas de Buck, Clarissa y Arnie se esfumaron, pues de poco serviría que la muchacha consiguiese soltarse, si para entonces se encontraba atada a una silla.

Harvey ato a Buck y a Arnie, pero no a Clarissa.

—El jefe querrá llevársela con él, cuando acabe de interrogar a los tipos —dijo.

—Sí, tienes razón —sonrió Randy—, No te molestes en atarla.

Las esperanzas de Buck, Clarissa y Arnie renacieron.

Todavía tenían una oportunidad de salvación.

O de defender sus vidas, al menos.

Randy se acercó a la pared y pulsó un timbre rojo.

Pocos minutos después, la puerta se abrió y James McNally aparecía en el umbral. Desde allí, sin entrar en la habitación, echó una primera ojeada a Buck, Clarissa y Arnie.

Estos le observaron a su vez.

James McNally era un tipo alto y más bien delgado, de rostro duro y mirada fría. Aparentaba unos treinta y cinco años de edad, y vestía un impecable traje de verano.

—¿No quiere contemplar a la chica de cerca, jefe? —sugirió Randy, con maliciosa sonrisa.

McNally sonrió también y penetró en la habitación, cuya puerta se encargó de cerrar Harvey.

—Es realmente hermosa, muchachos —dijo el traficante de oro, desnudando a Clarissa con la mirada.

—Sabíamos que le gustaría —sonrió Harvey.

—¿Dónde está el halcón?

—Aquí lo tiene, jefe —se lo entregó Randy, después de sacarlo de la caja.

McNally observó detenidamente la valiosa estatuilla, descubriendo la leve raspadura que tenía en la parte inferior de su base.

—¿Se la hiciste tú, Spooner?

—Sí.

—¿Qué te hizo sospechar que no era de bronce?

—Sería muy largo de explicar

—Hazlo, tenemos tiempo de sobra.

—No tengo ganas de hablar.

—¿Prefieres que te obliguemos?

—¿Qué más da cómo lo haya averiguado? El caso es que sé que es usted un traficante de oro. McNally. Por cierto, ¿es ése su verdadero nombre?

—¿Por qué no iba a serlo?

—No sé. Muchos delincuentes usan nombres falsos.

—Sólo los que temen ser descubiertos.

—Usted ya lo ha sido.

—Sí, y eso es lo que me preocupa. No creo haber cometido fallo alguno.

—Todos cometemos fallos, McNally.

—Quiero saber cuál cometí yo.

—Pues no pienso decírselo.

—Peor para ti Randy, Harvey, dadle un «repaso», a ver si cambia de idea y nos cuenta lo que sabe.

—Con mucho gusto, jefe —sonrió Randy

—Dentro de unos minutos hablará como una cotorra —aseguró Harvey.

Clarissa Mitchel volvió la cabeza, para no ver cómo los matones

golpeaban a Arnie Spooner.

Buck Waxman comprendió que su colega se negara a hablar.

Si lo hacía, estarían los tres perdidos, porque James McNally ordenaría liquidarlos. Sólo el silencio podía mantenerlos con vida.

Por suerte para Arnie, en el preciso instante en que Randy y Harvey se disponían a darle el «repaso», la puerta se abrió y Quentin y Gopher penetraron en la siniestra estancia.

—Un momento, muchachos —indicó McNally a Randy y Harvey.

Estos se quedaron quietos.

—Ya estamos aquí, jefe —dijo Gopher, risueño, aunque un poco pálido, porque si ponía las piernas rectas, le dolían aún más los genitales.

McNally se fijó en los torcidos remos del matón.

—¿Montas un caballo invisible, Gopher? —preguntó, socarrón.

—No, jefe. Es que Waxman me atizó un rodillazo entre los muslos y veo las estrellas al menor roce.

McNally miró ahora al otro matón y dijo:

—Quentin también debió verlas, cuando le sacudieron en la boca. Claro que él las vería con un solo ojo, el derecho, porque con el izquierdo...

Quentin se tocó el bulto de carne negruzca que sepultaba su ojo izquierdo y rezongó:

—Fue cosa del bastardo de Spooner, jefe.

—Os dieron de lo lindo, ¿eh?

—Bueno, ellos tampoco se salieron de rositas, jefe —repuso Gopher.

—Me habéis fallado. Y por dos veces. Un fallo aún lo puedo perdonar, pero dos de ninguna manera.

Gopher y Quentin empezaron a ponerse nerviosos.

—No le volveremos a fallar, jefe —aseguró el primero.

—Desde luego que no. ¿Y sabéis por qué?

—Porque actuaremos con los cinco sentidos en lo sucesivo, jefe —respondió Quentin.

James McNally sonrió fríamente.

—Los muertos no actúan, imbéciles. Sólo reposan, mientras los gusanos dan buena cuenta de ellos.

El nerviosismo de Gopher y Quentin se convirtió en terror al oír hablar de muertos y de gusanos.

—¿Qué... qué está diciendo, jefe...? —tartamudeó Gopher.

—No pensará matarnos, sólo porque... —balbuceó Quentin.

McNally miró fugazmente a Randy y Harvey y ordenó:

—Acabad con ellos

CAPÍTULO XI

Randy y Harvey, tras una ligera vacilación, extrajeron sus armas y apuntaron a Quentin y Gopher.

Estos retrocedieron, pálidos como difuntos.

Y en eso se iban a convertir, dentro de un instante.

—No... —musitó Gopher, con voz estrangulada.

—¡No podéis matarnos! —chilló Quentin, dilatando al máximo su ojo derecho—. ¡Somos compañeros!

—Lo sentimos, pero son órdenes del jefe —dijo Randy.

—Y al jefe no se le puede desobedecer —añadió Harvey.

—¡Fuego! —indicó James McNally.

Randy y Harvey hicieron funcionar sus automáticas.

Efectuaron dos disparos cada uno, que fueron ahogados por los silenciadores.

Quentin y Gopher se estrellaron contra la pared, empujados por las balas, y después se desplomaron, con dos agujeros en el pecho cada uno, por los que ya fluía la sangre impetuosamente.

Clarissa Mitchel chilló, horrorizada, y cerró apretadamente los ojos, para no ver los cuerpos desmadejados y ensangrentados de Quentin y Gopher.

—Eran un par de inútiles —rezongó McNally—. Vamos, sacadlos de aquí y hacedlos desaparecer. Más tarde «trabajaréis» a Spooner y a Waxman.

Randy y Harvey guardaron sus armas y cargaron con los cadáveres de Quentin y Gopher, sacándolos de la habitación.

James McNally se quedó a solas con los dos investigadores y la muchacha.

—Ya habéis visto cómo las gasto. Yo no me ando con contemplaciones.

—Es evidente que no —repuso Buck.

—¿Tú tampoco quieres hablar, Waxman?

—Tengo muy poco que decir.

—No me lo creo.

—Es la verdad. McNally.

—Cantarás de plano, Waxman. Como tu amigo Spooner. Randy y Harvey saben cómo tirar de la lengua. Y, cuando hayáis dicho todo cuanto sabéis sobre mis actividades...

—Nos matará a los dos.

—A los tres —corrigió James McNally, mirando a Clarissa Mitchel.

La muchacha tuvo un fallo cardíaco.

Dio la impresión de que iba a sufrir un desvanecimiento, pero pareció superar el mal momento y continuó consciente, aunque con la cara muy blanca.

Buck Waxman no pudo contenerse y dijo:

—Es usted un maldito hijo de perra, McNally.

El traficante de oro le soltó un feroz revés, obligándole a sangrar por la comisura de la boca.

—Esto te enseñará a hablarme con más respeto, Waxman.

—Es muy fácil golpear a un hombre que no puede defenderse, ¿verdad?

—Mucho más cómodo, diría yo —respondió McNally, con cínica sonrisa.

Buck estuvo a punto de llamarle cobarde, pero se contuvo.

McNally le hubiera golpeado de nuevo.

Tampoco Spooner dijo nada, por la misma razón.

James McNally alargó la mano y acarició el cabello de Clarissa Mitchel.

—Tienes un pelo precioso, nena.

Clarissa no respondió, limitándose a dar una sacudida a su cabeza, para que el traficante de oro entendiera que no deseaba que le acariciara el cabello.

McNally retiró la mano, pero fue para posarla en el rostro femenino, que también acarició.

—Qué piel tan suave...

—¡No me toque, asesino! —gritó Clarissa, sin poderse reprimir.

—Jamás he matado a nadie.

—¡Pero ordena a sus hombres que maten!

—Sólo cuando hay motivo para ello.

—¡También les ordenará que nos maten a nosotros tres!

—Tú puedes salvarte, preciosa.

—¿Yo?

—Sólo tienes que convertirte en mi chica. La que tengo ahora, no me gusta tanto como tú. ¿Qué me respondes, muñeca...? —la mano de McNally empezó a descender lenta y suavemente por el cuello femenino.

Clarissa, para ganar tiempo —llevaba ya rato forcejeando con la cuerda que sujetaba sus manos, y casi estaba a punto de librarse de ella—, dijo:

—Necesito pensarlo, señor McNally.

—Tienes que decidirlo ahora.

—Por favor, deme un par de horas, al menos.

—Sólo un par de minutos.

Como la mano del traficante de oro seguía bajando, y ya estaba a punto de alcanzar el busto de Clarissa Mitchel, ésta gritó:

—¡Seré su chica, señor McNally!

—¡Bravo! —exclamó James McNally, frenando el descenso de su mano.

Clarissa ahogó un suspiro de alivio.

De pronto, McNally la cogió del brazo y la obligó a levantarse.

—Anda, vamos.

—¿Adónde? —preguntó Clarissa.

—A mi despacho. Tengo un sofá-cama que es la monda.

—Ya me lo enseñará en otro momento, ¿vale?

McNally rió.

—No, encanto, te lo voy a enseñar ahora. Y, acto seguido, te lo haré probar. ¡Lo vamos a pasar sensacional!

Clarissa se vio empujada por el traficante de oro.

Miró angustiosamente a Buck y Arnie.

Buck se dio cuenta de que Clarissa estaba a punto de soltarse y, para ayudarla a sorprender a James McNally, dijo:

—Antes le llamé hijo de perra, ¿verdad, McNally?

Este se volvió en el acto, con furioso gesto.

—Sí, me lo llamaste. Y te ganaste un buen revés, Waxman.

—Voy a ver si me gano otro. Es usted un cerdo, McNally. Una rata asquerosa. Un gusano repugnante. ¿Me lo he ganado ya, o le llamo algunas cosas más?

La cara de James McNally se congestionó terriblemente.

Soltó con brusquedad a Clarissa y masculló:

—Voy a hacer que te tragues todo eso, bastardo.

Arnie Spooner, adivinando las intenciones de Buck Waxman, intervino:

—A mí también me gustaría tragarme algo. Es usted una cucaracha, McNally. Una sanguijuela. Una serpiente venenosa. ¿Es suficiente...?

Los ojos del traficante de oro empezaron a despedir fuego.

—¡Os voy a hacer llorar a los dos de dolor, malditos!

—Que se vea —dijo Arnie, burlón.

McNally fue hacia ellos, convertido en una furia desatada.

Como llevaba el halcón de oro en la mano izquierda, lo dejó sobre una pequeña mesa que se veía a la derecha, en la que descansaba también la caja que transportara la valiosa estatuilla.

McNally quería tener ambas manos libres, para poder golpear con los dos puños.

Clarissa Mitchel también tenía las manos libres.

Rápidamente, fue hacia la pequeña mesa y atrapó el halcón de oro, el cual enarboló a modo de maza.

James McNally no se dio cuenta, pues, ciego de cólera, sólo pensaba en moler a golpes a los dos investigadores privados.

Tuvo tiempo de darle un puñetazo a Buck Waxman, y otro a Arnie Spooner.

Clarissa no le permitió propinar más golpes.

Le atizó duro con la estatuilla, en todo el coco, y James McNally se

derrumbó instantáneamente, sangrando por la herida que le había causado el terrible impacto.

CAPÍTULO XII

—¡Bravo, Clarissa! —exclamó Arnie Spooner.

—¡De prisa, desátenos! —apremió Buck Waxman.

Clarissa Mitchel volvió a dejar el halcón de oro sobre la pequeña mesa y procedió a soltar a los dos investigadores.

En primer lugar, desato a Buck.

Mientras Clarissa soltaba a Arnie, Buck registró a James McNally, encontrando una Luger bajo su axila izquierda, de la cual se apoderó rápidamente.

Tan pronto como se vio libre, Spooner tomó por los hombros a su secretaria y le dio un beso en toda la boca.

—¡Ha estado usted sensacional, Clarissa! ¡Cuando salgamos de esto, recuérdeme que tengo que subirle el sueldo!

La joven no acertó a decir nada.

Lo del aumento de sueldo le parecía muy bien, pero el repentino beso que acababa de soltarle Arnie Spooner la había dejado sin capacidad de reacción.

Buck Waxman gruñó:

—¿Quién te ha dado permiso para besarla?

El rubio rió.

—Ha sido un beso inocente, Buck.

—A mi no me ha parecido tan inocente.

—¿Estás celoso...?

—Estoy cuernos.

Spooner volvió a reír.

—¡Cuánto me alegro, muchacho!

—¿De qué?

—¡De que te hayas enamorado de Clarissa!

—¿He dicho yo eso?

—No lo has dicho, pero se te nota. Y tengo la sensación de que eres correspondido por ella. ¿Me equivoco, Clarissa...?

La muchacha se ruborizó.

—No creo que sea momento para hablar de ello, Arnie —respondió nerviosamente.

—Yo tampoco —gruñó Waxman.

—Está bien, dejemos el tema. Pero repito que me alegro mucho de que os hayáis enamorado mutuamente. De esa manera, lo de «Spooner y Waxman, investigadores Privados», tiene más posibilidades de convertirse en realidad. O lo de «Waxman y Spooner», que tanto monta, monta tanto Isabel como Femando. ¿No es cierto, Buck...?

Waxman fulminó con la mirada a su colega.

—Antes me dejo guillotinar que formar sociedad contigo.

Spooner rió.

—No tendrás más remedio, muchacho, si quieres estar cerca de Clarissa, No olvides que es mi secretaria, y no pienso renunciar a ella. Y si Clarissa me deja, para irse contigo, la denunciaré al sindicato.

—¿Serías capaz...?

—Ya lo creo.

—Sucio chantajista...

—Estoy dispuesto a todo con tal de conseguir que trabajemos juntos, Buck.

Clarissa Mitchel decidió cortar la discusión.

—¿No creen que estamos perdiendo un tiempo precioso? —dijo.

—Clarissa tiene razón —rezongó Waxman—. Ata a McNally y hazlo volver en sí, Arnie. Yo, mientras tanto, echaré un vistazo por ahí afuera.

—Ten cuidado, Buck. Randy y Harvey pueden volver en cualquier momento.

—Con una Luger en la mano, no les temo —respondió Waxman, y salió de la habitación.

Cerca de la puerta del almacén, estaba el Chevrolet de Quentin y Gopher. En cambio, no estaba el Lancia de Randy y Harvey, prueba inequívoca de que éstos todavía no habían vuelto de deshacerse de los cadáveres de sus compañeros

Ello permitió a Buck Waxman recorrer el almacén, y observar detenidamente las mercancías que se amontonaban en él.

Aquel negocio, evidentemente, servía de tapadera para las verdaderas actividades de James McNally.

Buck se preguntó dónde fundiría McNally el oro, para convertirlo en figuras y objetos, posteriormente revestidos de una ligera capa de bronce, lo que le permitía sacarlos tranquilamente del país, consiguiendo un negocio redondo.

El investigador sospechaba que la fundición del oro, y todo lo demás, se realizaba en alguna habitación secreta, allí, en aquel almacén.

La buscó, pero no dio con ella.

Tampoco le preocupó demasiado no encontrarla.

McNally les diría dónde se hallaba, y luego los conduciría hasta ella. No tendría más remedio que hacerlo.

Buck Waxman estaba pensando ya en volver con Arnie y Clarissa, cuando la puerta del almacén se abrió, accionada por control remoto, y el Lancia de Randy y Harvey penetró en él.

* * *

El Lancia se detuvo junto al Chevrolet y los matones salieron del vehículo, muy confiados.

No habían visto a Buck Waxman, pues éste se había ocultado rápidamente tras unas cajas, y allí aguardó el paso de los gorilas para

sorprenderlos por la espalda.

Randy y Harvey iban conversando, muy sonrientes.

—¿Crees que el jefe le habrá metido ya mano a la secretaria de Spooner, Harvey? —dijo Randy.

—¡Seguro! —respondió su compañero, riendo.

—La desnudó con los ojos, en cuanto la vio.

—Apuesto a que ya la ha desnudado también con las manos, aprovechando nuestra ausencia.

—Si es así, la habrá violado.

—No tardaremos en saberlo.

Randy y Harvey estaban pasando ya por delante de las cajas que ocultaban a Buck Waxman.

El investigador salió por detrás de los matones y les apuntó con la Luger de James McNally.

—¡Quietos!

Randy y Harvey respingaron a un tiempo.

—¡Es Waxman! —exclamó el primero.

—¡Y empuña la pistola del jefe! —observó el segundo.

—¡Levantad las manos! —ordenó Buck.

Los matones titubearon.

Si levantaban las manos, y se dejaban desarmar por el investigador, estarían irremisiblemente perdidos.

Randy y Harvey no querían ir a la cárcel.

Deseaban seguir en libertad, y decidieron luchar por ella.

—¡Al suelo, Harvey! —rugió Randy, arrojándose de cabeza tras unas cajas.

Harvey hizo lo propio.

Buck Waxman buscó la protección de las cajas que antes le ocultaran.

Randy y Harvey ya empuñaban sus armas.

Comenzaron a disparar furiosamente sobre el investigador, siendo ahogadas las detonaciones por los silenciadores.

Buck respondió al fuego de los matones, y como la Luger de James McNally no iba provista de silenciador, los estampidos atronaron, llegando claramente hasta los oídos de Arnie Spooner y Clarissa Mitchel.

McNally también oyó los disparos, pues ya había recobrado el conocimiento.

—¡Randy y Harvey acabarán con ese bastardo de Waxman! —ladró el traficante de oro.

—¡Cállese! —gritó Clarissa.

McNally la miró con odio.

Y con muchos deseos de venganza.

—¡Me las pagarás, zorra! ¡Serás mía, y luego te entregaré a Randy y Harvey, para que se diviertan también contigo, antes de matarte!

—¡Cierra el pico, bocazas! —barbotó Arnie, y le estrelló el puño en la cara.

McNally comenzó a sangrar por la boca.

—¡Tú también me las pagarás, Spooner! ¡Ordenaré a Randy y Harvey que empleen contigo el soplete! ¿Y sabes que será lo primero que te abrazarán? ¡Lo que tienes entre...!

—¡Sé dónde lo tengo, no es necesario que me lo digas! —le interrumpió el rubio, y volvió a atizarle con el puño.

McNally no dijo nada más.

Tras el segundo puñetazo, había quedado medio inconsciente.

—Quédese aquí, Clarissa —dijo Arnie—. Intentaré echar una mano a Buck.

—¡Si, por favor! ¡Corra!

Spooner salió de la habitación y avanzó por entre las mercancías, agazapado.

El tiroteo entre los hombres de McNally y Buck Waxman continuaba.

El investigador afinó la puntería y su bala atravesó el cuello de Harvey, quien emitió unos extraños gorgoteos, los ojos extraordinariamente desorbitados, y luego se desplomó, aferrándose la garganta con ambas manos, en un esfuerzo inútil por contener la tremenda hemorragia.

Randy maldijo a viva voz, al ver caer muerto a su compañero, y también él trató de afinar la puntería, para ver si conseguía eliminar a Buck Waxman.

Este tuvo que esconder la cabeza, para que el matón no se la volara.

De pronto, Arnie Spooner surgió por detrás de unas cajas.

—¡Eh. Randy!

El matón se volvió velozmente hacia allí y disparó sobre el rubio, pero éste desapareció con rapidez, burlando los proyectiles.

La acción de Spooner fue bien aprovechada por Waxman, quien logró sorprender a Randy.

—¡Tira la pistola, Randy!

El gorila se revolvió como un rayo y disparó sobre Buck, pero, cuando apretó el gatillo, ya tenía un plomo en el pecho, alojado muy cerca del corazón.

Randy se derrumbó, al tiempo que soltaba su arma.

Segundos después, estaba tan muerto como Harvey.

CAPÍTULO XIII

Arnie Spooner se dejó ver de nuevo.

—Parece que fui oportuno, ¿eh, socio? —dijo, al encontrar tendido en el suelo a Randy.

—Muy oportuno —respondió Buck Waxman—. Pero no me llames socio. Todavía no lo somos.

—Pero lo vamos a ser muy pronto. ¿O no...?

—Ya hablaremos de eso —rezongó Waxman, mientras se acercaba a Randy y Harvey.

Spooner se acercó también.

—Muertos los dos, ¿verdad?

—Sí —confirmó Waxman.

—Tienes una magnífica puntería, socio.

—No me gusta matar, pero se trataba de su vida o de la mía.

—Naturalmente.

Waxman registró a los matones, encontrando su revólver, el de Arnie, y las pistolas de Quentin y Gopher. Se guardó su arma y devolvió a Spooner la suya.

Arnie se guardó también su revólver.

Buck dejó en el suelo la Luger de James McNally, y preguntó:

—¿Conseguiste que McNally volviera en sí, Arnie?

—Sí, pero empezó a decir cosas muy feas y tuve que soltarle un par de castañazos, Creo que lo dormí de nuevo. Clarissa quedó con él, vigilándolo.

—Vamos para allá. Clarissa debe de sentirse muy intranquila.

—Seguro. Especialmente, por ti.

Buck miró severamente a su colega.

—No empieces otra vez, Arnie.

—Confiesa que Clarissa te gusta toneladas, socio.

—Bastante más que tú, eso te lo puedo asegurar —rezongó Waxman, y movió las piernas.

Spooner rió y fue tras él.

—¡Espérame, socio!

—¡Al diablo!

Poco después, entraban en la habitación secreta.

—¡Buck...! ¡Arnie...! ¿Estáis bien? —preguntó Clarissa Mitchel, tuteándolos a los dos sin darse cuenta.

—Perfectamente, Clarissa —le sonrió Waxman.

—¡Gracias a Dios!

—Los que no se encuentran muy bien son Randy y Harvey —dijo Spooner, con ironía, al tiempo que miraba a James McNally,

El traficante de oro, con voz ronca, preguntó:

—¿Están heridos?

—Están muertos.

McNally apretó los dientes.

—¡Malditos!

—¿Ellos o nosotros? —preguntó Arnie, socarrón.

—¡Vosotros, condenados! —rugió McNally.

Spooner rió.

—No esperaba que fuéramos tan duros de roer, ¿eh, McNally?

El traficante de oro no respondió.

—Se acabó su negocio, McNally —dijo Buck—, Sus hombres están muertos y usted se encuentra en nuestro poder. La policía se encargará de usted. Pero, antes de entregarle, queremos que nos diga dónde fundían el oro y lo convertían en figuras y objetos, luego recubiertos de bronce.

James McNally siguió callado, dando claramente a entender que no pensaba decir nada.

—Parece que no quiere hablar, Arnie.

—No te preocupes, socio. Yo me encargo de él. No dispongo de un soplete, McNally, como sus hombres, pero sí de un encendedor. Creo que servirá.

El traficante de oro palideció al ver que Arnie extraía su encendedor y lo accionaba, haciendo brotar la llama.

—¡No seas salvaje, Spooner! —chilló.

—¿Por qué no? Mi secretaria es testigo de que usted pensaba ordenar a Randy y Harvey que emplearan el soplete conmigo. Y también le oyó decir qué sería lo primero que me quemarían.

—¡Sólo eran amenazas! ¡No pensaba ordenar tal cosa!

—No le creo, McNally. O habla, o le quemo la nariz.

James McNally echó la cabeza hacia atrás, porque ya percibía el calorillo de la llama del encendedor de Arnie, que éste le iba acercando lentamente.

—¡Detén a este loco, Waxman! —gritó aterrorizado.

Buck movió la cabeza negativamente.

—No pienso hacerlo, McNally. Si no quiere que Spooner le ase la napia, empiece a cantar.

El traficante de oro vaciló.

Clarissa Mitchel tenía el corazón encogido, aunque pensaba que Arnie no llegaría a quemar a James McNally, que sólo trataba de asustarlo, para que hablara.

Pero la llama estaba ya tan cerca de la cara del traficante...

McNally volvió a sentir el calor de la llama, intentó retirar más la cabeza, pero el respaldo de la silla a la que permanecía atado no se lo permitió.

—¡Está bien, hablaré! —aulló, presa del más infinito terror.

El oro, como ya sospechaba Buck Waxman, lo fundían en otra habitación secreta del almacén, más amplia y dotada de todo lo necesario para llevar a cabo el delictivo trabajo.

James McNally los condujo hasta ella, con las manos atadas a la espalda y agarrado del brazo por Arnie Spooner.

En la habitación había varios objetos y figuras de oro macizo, recubiertos ya de una fina capa de bronce. Es decir, listos ya para sacarlos del país.

Había también algunos objetos y figuras sin revestir todavía de bronce. Entre ellos, otros dos halcones, idénticos al que Spooner le robara la tarde anterior a McNally.

Vistos así, sin la capa de bronce, dorados, brillantes, luminosos, aún parecían más bellos. Infinitamente más hermosos.

Había, asimismo, varias cajas repletas de pequeños objetos de oro macizo, en espera de ser fundidos y convertidos en objetos y figuras más grandes.

James McNally confesó que todos aquellos objetos de oro que descansaban en las cajas eran robados. Habían sido sustraídos en los más variados puntos del país.

McNally los compraba a los ladrones, a un precio mucho más bajo del suyo real, por aquello de que eran objetos robados, y luego los fundía en su almacén. De esta manera, su recuperación era totalmente imposible.

Fuera de los Estados Unidos, James McNally tenía una serie de compradores, y a ellos iban destinados los objetos y las figuras de oro macizo, recubiertos de una ligera capa de bronce, para despistar.

Buck Waxman, Arnie Spooner y Clarissa Mitchel no se cansaban de mirar todo el oro que se almacenaba en aquella secreta habitación.

—¡Aquí hay un fortunón, socio! —exclamó Spooner.

—¡Millones de dólares! —calculó Clarissa.

—Seguro que sí —sonrió Waxman—. Cuando la policía lo vea...

El investigador se interrumpió de pronto, al ver que su colega sacaba su revólver y le apuntaba con él. También Clarissa Mitchel y James McNally se quedaron perplejos.

—¿Es que te has vuelto loco, Arnie? —murmuró Waxman.

—Nada de eso, Buck —respondió Spooner, sonriente.

—¿Por qué sacas tu arma, entonces?

—Porque la necesito para mataros a los tres.

* * *

Sendos escalofríos recorrieron los cuerpos de Buck Waxman, Clarissa Mitchel y James McNally.

Arnie Spooner, sin perder la sonrisa, explicó:

—Todo este oro será para mí, Buck. Desde el primer momento pensé

hacerme con él Como yo solo no podía conseguirlo, recurrí a ti. Sabía que con tu ayuda lo lograría. Y a la vista está que no me equivoqué.

—Entonces, lo de formar sociedad...

Spooner rió.

—No era cierto, Buck.

—Ya me extrañaba a mí que se te hubiera ocurrido tan de repente.

—Formaba parte del plan.

—Un plan criminal, Arnie.

—Sí, no voy a negarlo, puesto que no tengo más remedio que eliminaros a los tres. Matar a McNally no me causará el menor disgusto. Es más, creo que sentiré placer cuando dispare sobre él. En cambio, sí que lamento tener que acabar contigo y con Clarissa, Buck. Tú eres un gran tipo, y Clarissa es una chica estupenda. Por eso no intenté propasarme con ella. Sé que me hubiera parado los pies en seguida.

—No puedo creer que estés decidido a matarnos así, fríamente, a los tres, Arnie —dijo Clarissa Mitchel, con trémula voz.

El rubio compuso una mueca.

—No tengo alternativa, Clarissa. Si no acabo con vosotros, no puedo quedarme con el oro. Y quiero ser rico. Disfrutar de verdad en la vida, que total son cuatro días. El día menos pensado se muere uno y se acabó.

—¡Yo no quiero morir! —chilló James McNally, presa del pánico, y tal vez fue esto lo que le impulsó a lanzarse sobre Arnie Spooner, con la cabeza por delante.

—¡Quieto, loco! —rugió Arnie, y apretó el gatillo.

La bala se incrustó en el pecho del traficante de oro, pero eso no frenó su impulso, y Spooner se vio arrollado por él.

Buck Waxman no desaprovechó la ocasión y extrajo velozmente su revólver, al tiempo que se dejaba caer al suelo.

Arnie Spooner le disparó, pero la bala chocó contra la pared.

Buck Waxman disparó a su vez, y él no falló.

El proyectil se incrustó en el pulmón izquierdo del rubio, quien dio un alarido y soltó el arma. Un instante después, quedaba muy quieto, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

James McNally tampoco se movía.

Los dos estaban heridos de muerte.

Pocos minutos después, ambos dejaban de existir.

La policía, avisada por Buck Waxman, acudió rápidamente al almacén que servía de tapadera para las delictivas actividades de James McNally y sus hombres.

El investigador privado informó con todo detalle a los detectives, quienes, al registrar minuciosamente el despacho de James McNally, encontraron el libro de contabilidad del traficante de oro, en el que figuraban anotadas todas las operaciones, tanto de compra como de venta, así como los nombres de los vendedores y los compradores.

Un gran hallazgo, sin duda, pues gracias a aquel libro, la policía iba a poder sentar la mano a un gran número de delincuentes.

Los agentes de la ley agradecieron a Buck Waxman su trabajo y le felicitaron por su honestidad, asegurándole que recibiría una recompensa por parte del Gobierno, como premio por haber recuperado todo aquel oro, cuyo valor se cifraba en varios millones de dólares.

Buck Waxman y Clarissa Mitchel abandonaron el almacén y tomaron un taxi, visiblemente entristecidos, pese al anuncio de una interesante recompensa.

Y es que no podían olvidar a Arnie Spooner.

—¿Adónde les llevo? —preguntó el taxista.

Buck y Clarissa se miraron, en silencio.

Después, la muchacha dio al taxista la dirección de su apartamento.

Minutos más tarde, Buck y Clarissa se encontraban en el apartamento de la joven.

—Siéntate, Buck. Te serviré algo de beber.

—Gracias, lo necesito.

Clarissa preparó un par de copas y se sentó en el sofá, junto al investigador, al que entregó una de las bebidas.

—¿Sigues queriendo que trabaje para ti, Buck?

—Por supuesto.

—Seré tu secretaria, entonces.

—No me conformo con eso.

—¿Qué más quieres que sea?

—Durante un par de semanas, mi novia. Y, después, mi esposa.

Los ojos de Clarissa Mitchel brillaron.

—¿Lo dices en serio, Buck...?

—Sí, naturalmente que lo digo en serio. Por lo que a mí respecta, Arnie no se equivocó. Estoy enamorado de ti. Clarissa, y quiero que seas mi mujer. ¿Qué me respondes?

—Que Arnie tampoco se equivocó cuando dijo que yo te correspondía, Buck. Te quiero y deseo ser tu secretaria, tu novia y tu esposa —contestó ella, dichosa y feliz.

Waxman le rodeó los hombros con su brazo izquierdo y la atrajo hacia sí.

—Tú eres para mí la verdadera recompensa, y no la que me dé el Gobierno —aseguró, y luego besó con vehemencia la preciosa boca de Clarissa Mitchel, su secretaria, su novia y su futura esposa.

F I N

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO	
CAPÍTULO II	
CAPÍTULO III	
CAPÍTULO IV	
CAPÍTULO V	
CAPÍTULO VI	
CAPÍTULO VII	
CAPÍTULO VIII	
CAPÍTULO IX	
CAPÍTULO X	
CAPÍTULO XI	
CAPÍTULO XII	
CAPÍTULO XIII	
EPILOGO	